ALBERT CARACO



Breviario del caos



Breviario del caos

Esta página dejada en blanco al propósito.

Albert Caraco

Breviario del caos

Traducción de

Rodrigo Santos Rivera



México 2004

Título de la edición original:
Bréviaire du chaos

Primera edición en español: 2004

Traducción: Rodrigo Santos Rivera

Ilustración de portada: *Le roi,* de Alberto Perezgrovas

Avenida Progreso # 158, 3er piso

Colonia Barrio de Santa Catarina

Coyoacán, 04010

México D.F., México

www.sextopiso.com

ISBN 968-5679-19-3

Impreso y hecho en México

Tendemos a la muerte como la flecha al blanco, y no le fallamos jamás, la muerte es nuestra única certeza y siempre sabemos que vamos a morir, no importa cuándo y no importa dónde, no importa la manera. La vida eterna es un sinsentido, la eternidad no es la vida, la muerte es el reposo al que aspiramos, vida y muerte están ligadas, aquellos que demandan otra cosa piden lo imposible y no obtendrán más que humo como su recompensa. Nosotros, quienes no nos contentamos con palabras, consentimos en desaparecer y aprobamos este consentir, no elegimos nacer y nos consideramos afortunados de no sobrevivir en ninguna parte a esta vida, que nos fue impuesta más que dada, vida llena de preocupaciones y de dolores, de alegrías problemáticas o malas. Que un hombre sea feliz, ¿qué prueba esto? La felicidad es un caso particular y nosotros observamos sólo las leyes del género, razonamos a partir de ellas, sobre ellas meditamos y profundizamos, despreciamos a quienquiera que busque el milagro y no estamos ávidos de beatitudes, nuestra evidencia nos basta y nuestra superioridad no se encuentra en otra parte.

Cada uno de nosotros muere solo y muere por completo, éstas son dos verdades que la mayoría rehúsa, pues la mayoría dormita todo el tiempo que vive y teme despertarse al momento de perecer. La soledad es una de las escuelas de la muerte y el común no asistirá a ella nunca, la integridad no se obtiene en otra parte, es también recompensa de la soledad y si fuera necesario clasificar a los hombres, los hombres formarían tres razas: los sonámbulos, que son legión; los razonables y sensibles, que viven sobre dos planos y que, sabiendo lo que les falta, se esfuerzan en buscar lo que no encuentran; los religiosos nacidos dos veces, quienes caminan hacia la muerte con igual paso para morir solos y para morir por completo, cuando por ventura no escogen el momento, el sitio y la manera, con el fin de marcar su desprecio por las contingencias. Los sonámbulos son los idólatras; los razonables y sensibles, los creyentes; los religiosos nacidos dos veces adoran mentalmente aquello que los primeros no imaginan y que los segundos no conciben, pues ellos son plenamente hombres y como tales, no irán a buscar aquello que han encontrado, ni lo adoran, puesto que lo son ellos mismos.

Las ciudades que nosotros habitamos son las escuelas de la muerte, porque son inhumanas. Cada una se ha convertido en el cruce del rumor y del hedor, cada una convirtiéndose en un caos de edificios, donde nos apilamos por millones, perdiendo nuestras razones de vivir. Infelices sin remedio, nos sentimos, queramos o no, comprometidos a lo largo del laberinto del absurdo, del que no saldremos salvo muertos, pues nuestro destino es siempre multiplicarnos, con el sólo fin de perecer innumerables. A cada vuelta de rueda, las ciudades, que nosotros habitamos, avanzan imperceptiblemente la una contra la otra aspirando a confundirse, es una marcha hacia el caos absoluto, en el rumor y en el hedor. A cada vuelta de rueda el precio de los terrenos sube, y en el laberinto absorbente del espacio libre las ganancias a la inversión elevan, día a día, un centenar de muros. Ya que es necesario que el dinero trabaje y que las ciudades, que nosotros habitamos, avancen, es todavía legítimo que en cada generación sus casas doblen su altura y el agua venga a faltarles cada dos días. Los constructores sólo aspiran a sustraerse al destino, que ellos nos preparan, yendo a vivir al campo.

El mundo se cerró, como lo estaba antes de los Grandes Descubrimientos, el año 1914 marca el advenimiento de la segunda Edad Media y nos encontramos en aquello que los Gnósticos llamaban la prisión de la especie, en el universo finito, del que no saldremos nunca. Se acabó ese optimismo que fue la suerte de tantos europeos durante cuatro siglos, la Fatalidad regresa a la Historia y nos preguntamos de súbito hacia dónde nos encaminamos, nos preguntamos sobre el porqué de aquello que nos pasa, la hermosa confianza de nuestros padres en un progreso sin límites, acompañando una vida siempre más humana, se ha desvanecido: damos vueltas alrededor del círculo y no alcanzamos siquiera a concebir nuestras obras. Es decir, que nuestras obras nos rebasan, y que el mundo, transformado por el hombre, escapa de nueva cuenta a su inteligencia, más que nunca edificamos bajo la sombra de la muerte, la muerte será la legataria de nuestros fastos y la hora del desnudamiento se aproxima, donde nuestras tradiciones irán a caer una después de la otra como vestimentas, dejándonos desnudos a fin de que seamos juzgados, desnudos por fuera y vacíos por dentro, el abismo bajo nuestros pies, el caos sobre nuestras cabezas.

Los hombres están a la vez libres y atados, más libres de lo que lo desean, más atados de lo que lo notan, la muchedumbre de mortales compuesta de sonámbulos, y el orden que no tiene nunca interés en eso que ellos sacan del sueño, porque se volverían ingobernables. El orden no es amigo de los hombres, se limita a regentarlos, rara vez a civilizarlos, y aún más rara vez a humanizarlos. No siendo infalible el orden, es a la guerra a quien corresponde un día reparar sus faltas, y porque el orden continúa multiplicándolas más y más, vamos hacia la guerra, la guerra y el futuro parecen inseparables. Ésta es la única certeza: la muerte es, en una palabra, el sentido de toda cosa y el hombre es una cosa frente a la muerte, los pueblos lo serán de igual forma, la Historia es una pasión y sus víctimas legión, el mundo, que nosotros habitamos, es el Infierno moderado por la nada, donde el hombre, negándose a conocerse, prefiere inmolarse, inmolarse como las especies animales demasiado numerosas, inmolarse como los enjambres de langostas y como los ejércitos de ratas, imaginándose que es más sublime morir, morir innumerable, que reconsiderar finalmente el mundo que habita.

Nuestra juventud se siente condenada, y por ello las universidades se agitan, ésta tiene razón, nosotros estamos equivocados y le preparamos una nueva guerra. El orden y la guerra están ligados, nuestra moral no lo ignora, basta con remitirse a la enseñanza de los grandes moralistas: ésa es la única certeza y no imaginamos el estado de paz perpetua, el orden no lo resistiría. Nuestra juventud ha penetrado esta relación de conveniencia, ha comprendido el encadenamiento de nuestros valores y de sus infortunios, es un descubrimiento irresistible en lo sucesivo. La paradoja es que, teniendo razón, nuestra juventud está equivocada pues en este universo, que la uniformidad amenaza, los pueblos no son contemporáneos los unos de los otros, hay todavía bastantes naciones donde la juventud está presta a inmolarse. ¿Creen nuestros jóvenes que aquí en la Tierra es suficiente declarar la paz al mundo para que el mundo los escuche? Nosotros estamos en el Infierno, y no tenemos otra elección más que la de ser condenados atormentados o ser los diablos encargados de su suplicio.

El siglo está ante la muerte y la muerte está sobre nosotros, tenemos suficientes maneras para que cada hombre sea matado cuarenta veces, no sabemos ya qué hacer de nuestras armas, los edificios ya no nos son suficientes, ya cruzamos las montañas y es en las entrañas de la tierra que nuestros medios para la muerte se apilan. Nuestra ecúmene parece el arsenal y es por decenas de millones que los humanos se afanan por la guerra, no imaginamos ya romper este acuerdo donde la moral y el interés sentaron alianza, nuestra juventud pagará mañana el precio de la paradoja, ésta lo prueba, se insurrecta y no podemos prometerle el milagro, no osamos incluso ya sermonearla, sentimos que está ya condenada y que las revoluciones no cambiarán su suerte. Es demasiado tarde, la Historia no se detiene más, somos arrastrados por ella y la inclinación de sus planes nos impide esperar una desaceleración cualquiera, vamos hacia la catástrofe planetaria y el universo está lleno de gente que la desea y la deseará cada vez más, para escapar al orden, un orden cada vez más absurdo y que no se mantiene salvo por el prejuicio de la coherencia y, por lo tanto, de la humanidad del hombre.

Es por la muerte que nosotros vivimos, es por la muerte que nosotros amamos y es por ella que nosotros engendramos y que nos afanamos, nuestros trabajos y nuestros días se suceden desde ahora bajo la sombra de la muerte, la disciplina que observamos, los valores que mantenemos y los proyectos que formamos responden todos a un mismo desenlace: la muerte. La muerte nos segará maduros, maduramos por ella y nuestros descendientes, que no serán más que un puñado de hombres en la superficie de esta ecúmene en cenizas, no pararán de maldecirnos, acabando de quemar todo eso que nosotros adoramos. Adoramos a la muerte bajo figuras prestadas y no sabemos que es ella, nuestras guerras son sacrificios de alabanza en los que nos inmolamos en honor a la muerte, nuestra moral es una escuela de la muerte y las virtudes, a las que tenemos estima, no habrán sido jamás más que virtudes de muerte. No salimos de ahí, no podemos cambiar el orden del mundo, estamos condenados a cargar aquello que nos aplasta, apoyando eso que nos desmiembra, no nos resta más que perecer o matar, antes que morir nosotros mismos, aunque fuésemos los últimos, una tercera vía, lo digo en alto, es imposible.

El Infierno, que llevamos en nosotros, corresponde al Infierno de nuestras ciudades, nuestras ciudades están a la medida de nuestros contenidos mentales, la voluntad de muerte preside al furor de vivir y no alcanzamos a distinguir cuál nos inspira, nos precipitamos sobre los trabajos recomenzados y nos jactamos de elevarnos a las cimas, la desmesura nos posee y sin concebirnos a nosotros mismos, seguimos edificando. Pronto el mundo no será más que un astillero, donde igual que las termitas, miles de ciegos, afanados en perder el aliento, se afanarán, en el rumor y en el hedor, como unos autómatas, antes que despertarse, un día, presos de la demencia y de degollarse unos a otros sin lasitud. En el universo, donde nos hundimos, la demencia es la forma que tomará la espontaneidad del hombre alienado, del hombre poseído, del hombre rebasado por los medios y convertido en esclavo de sus obras. La locura incuba desde ahora bajo nuestros inmuebles de cincuenta pisos, y a pesar de nuestros intentos por desenraizarla, no llegaremos al punto de reducirla, ella es este dios nuevo que no sosegaremos incluso rindiéndole una especie de culto: es nuestra muerte la que incesantemente reclama todo.

Cuando se quiera saber cuáles fueron nuestros dioses verdaderos, será necesario juzgarnos según nuestras obras y jamás según nuestros principios. Entonces uno no estará avergonzado de responder y se dirá eso que no nos permitimos decir e incluso pensar: —Ellos adoraban la locura y la muerte—. En verdad, nosotros no adoramos otra cosa, pero no podemos reconocerlo siempre, porque la locura y la muerte son la última terminación de las religiones reveladas, y estas religiones las contienen en potencia, empezando por la fe cristiana. Hemos puesto la locura y la muerte sobre los altares, profesamos tanto la demencia como la agonía de la Divinidad suprema, ¿qué queda después de esto?, se lo pregunto a todos. Queda pagar el precio de la paradoja y preveo que será pagado, es ahora que las ideas, con las cuales se jugó, se ponen a jugar con los hombres y que los hombres agotarán la desmesura. No escaparemos más a nada y ya nada nos hará gracia, el orden que nosotros perpetuamos no será jamás reformado, la locura y la muerte permanecen como sus fundamentos, éste es solidario con ellos y, no pudiendo cambiar su aplomo, morirá de aquello que lo sostiene a pesar de nosotros.

Porque las ideas están más vivas que los hombres, es por las ideas que los hombres viven y es por ellas que morirán sin murmurar. Ahora bien, todas nuestras ideas son mortíferas, ninguna de ellas obedece a las leyes de la objetividad, de la mesura o de la coherencia, y nosotros, que perpetuamos estas ideas, caminamos hacia la muerte como autómatas. Nuestros jóvenes serán los primeros en perecer, saben que son víctimas rituales, consideran al universo destituido de sentido y no podemos desaprobarlos, nuestra mala fe crece sin cesar y nos hace vacilar en nuestras respuestas. ¿Qué les diremos de ahora en adelante? El diálogo es imposible, porque ellos tienen razón y serán incluidos con los locos, los tontos y los mentirosos en un mismo destino. Por más que la nueva revelación nos parezca más que necesaria, antes es necesario que el escándalo explote y que nuestras mortíferas ideas agoten su demencia exhalando su malignidad, no eludiremos la catástrofe, ella está en el orden y nosotros somos los cómplices, preferimos la catástrofe a la reforma, antes elegimos inmolarnos que repensar el mundo y no lo repensaremos más que en medio de las ruinas.

Yo elevo un canto de muerte sobre eso que va a perecer, y frente a nuestros regentes del exceso, frente a nuestros impostores mitrados y frente a nuestros sabios, de los cuales la mayor parte no alcanza la edad del hombre, yo, solitario y mal conocido, profeta de mi generación, tapiado vivo en el silencio en lugar de ser quemado, les pronuncio las palabras inefables que mañana los jóvenes repetirán en coro. Mi única consolación es que la próxima vez ellos morirán con nosotros, los regentes y los impostores y los sabios, no quedará subterráneo donde estos malditos puedan sustraerse a la catástrofe, no quedará isla en el océano para recibirlos ni desierto en estado de engullirlos, a ellos, a sus tesoros y a su familia. Rodaremos unidos en las tinieblas sin regreso y el pozo de sombra nos acogerá, a nosotros y a nuestros dioses absurdos, a nosotros y a nuestros valores criminales, a nosotros y a nuestras ridículas esperanzas. Entonces, y solamente entonces, la justicia será hecha y se nos recordará así como a un modelo para no imitar más y bajo ningún pretexto; seremos la advertencia de las generaciones ascendentes y se vendrá a contemplar los restos horribles de nuestras metrópolis, ¡estas hijas del caos engendradas por aquel orden!

Nuestros maestros fueron todo el tiempo nuestros enemigos y ahora más que nunca, más que nunca nuestros maestros son falibles, pues si somos innumerables es culpa suya, he aquí siglos y milenios en los que han querido que los subalternos se multipliquen, con el fin de afanarlos y llevarlos a la muerte. Incluso hoy que el mundo estalla y que la tierra falta a los hombres, su sueño es el de construir casas de cincuenta pisos y el de industrializar la ecúmene, bajo el pretexto de garantizar las necesidades de esos miles que nacen, pues les son necesarios siempre más vivos, siempre, a pesar de lo que afirman. Ellos organizan metódicamente el Infierno, en el que nosotros nos consumimos, y para impedirnos reflexionar, nos ofrecen unos espectáculos imbéciles, donde nuestra sensibilidad se barbariza y nuestro entendimiento acabará por disolverse, irán a consagrar estos juegos presidiendo su manía con toda la pompa conveniente. Volvemos al circo de Bizancio y ahí olvidamos nuestros verdaderos problemas, pero sin que estos problemas nos olviden, los encontraremos mañana, y sabemos ya que mientras sean insolubles iremos a la guerra.

Cuando nos asustamos, a pesar del estupor en el que subsistimos, los gaceteros se ocupan de disipar nuestros temores y con sus promesas se podría hacer la Antología de la Impostura. Un día, beberemos el agua de los polos, donde las banquisas servirán a nuestras necesidades; un día nos metamorfosearemos en alimentos suculentos; un día los montones de desperdicios se hundirán en las entrañas de la tierra, después de haber sido amontonados a lo largo de las líneas de fractura, en el fondo mismo de los océanos; un día no tendremos más que trabajar para vivir y consumiremos el tiempo en distraernos; un día colonizaremos, uno tras otro, los planetas. Estos cuentos sin pies ni cabeza son publicados en el momento en el que tres cuartos de la especie viven peor que nuestros perros o nuestros gatos, sin esperanza de salir de su abyección, en el momento en el que el último cuarto, al que se le promete la abundancia sin límites, tiene mucha razón para dudar de estas maravillas. Pues sería suficiente una guerra para que el fin se esparciera, a la velocidad del rayo, en olas sucesivas, por la superficie de este globo y que los sobrevivientes del horror absoluto languidezcan bajo el yugo de la antigua indigencia.

Si existe un Dios, el caos y la muerte figurarán entre Sus atributos, si no lo hay no cambia nada, el caos y la muerte se bastan hasta la consumación de los tiempos. Sin importar lo que se alabe, se es presa de la sombra y de la disolución, sin importar lo que se adore, no se evitará nada, los buenos y los malos no tienen más que un destino, un solo abismo acoge a los santos y a los monstruos, la idea de lo justo y de lo injusto no ha sido nunca más que un delirio, al cual estamos atados por razones de conveniencia. En realidad, la fuente de las ideas religiosas y morales está en el hombre, buscarla fuera del hombre es un sinsentido, el hombre es un animal metafísico y quisiera que el universo no existiera más que para él, pero el universo lo ignora y el hombre se consuela de esta ignorancia poblando la superficie de dioses, dioses hechos a su imagen. Así, nosotros llegamos a vivir contentándonos con razones huecas, pero estas razones tan bellas y tan consoladoras se disuelven en nada cuando nuestros ojos se abren sobre la muerte y el caos, en los cuales vivimos envueltos y siempre amenazados. La fe no es más que una vanidad entre las vanidades y el arte de engañar al hombre sobre la naturaleza de este mundo.

La naturaleza de este mundo es la absoluta indiferencia, y es todavía el deber del filósofo parecerse a la naturaleza de este mundo, sin dejar de ser el hombre que no podrá dejar de ser: la coherencia, la mesura y la objetividad tienen este precio. Todos los problemas serían resueltos por la objetividad, la mesura y la coherencia, pero como la mayor parte de los hombres son incapaces de ello, todos los problemas permanecen insolubles, la catástrofe es para siempre la única escuela donde los indignos recibirán las enseñanzas que la tontería y la locura les merecen. No podemos transformar a los sonámbulos en videntes ni hacer probar la luz a estos ciegos de nacimiento, la ley del orden es que la masa de perdición no será salvada y que ella se consuela de su pérdida engendrando hasta perder el aliento, con el fin de ser innumerable y de abastecer sin cansancio una legión de víctimas. Entrevemos aquello que nos espera y arreglamos nuestra conducta sobre aquello que nuestros ojos nos enseñan, pero esto también prueba que la mayor parte de los mortales no distinguen nada y que no salen de su sueño más que para caer en la desesperanza, ellos que no tienen otra ley que la de sufrir eso que no entienden.

La hora de los exorcismos y de los conjuros ha pasado; suceda lo que suceda, ha pasado el tiempo de la plegaria. Nuestras religiones ya no nos sirven de nada y los creyentes ya no tienen razón de ser, pues las primeras nos engañan sobre nuestra evidencia y los segundos no repensarán el mundo: ahora bien, si el mundo que nosotros habitamos no es repensado, no subsistiremos en él tres generaciones más, no podemos engañarnos tres generaciones seguidas sobre nuestra evidencia. De ahora en adelante tenemos medios que nos juzgan, y nuestros sistemas inspirados no sabrían prevalecer sobre ellos, el tiempo del pensamiento preludia y la hora de la meditación comienza. En realidad, a la masa de perdición son los creyentes quienes la forman, los creyentes están en demasía entre nuestro futuro y nosotros, también la muerte será su recompensa y jamás pareció más justa. No es bueno que los ciegos nos gobiernen y que sean honrados, porque son ciegos: no es legítimo que los Jefes de Estado se hagan un título de su superstición ni que honren delante de su presencia las ceremonias de un culto. Un hombre digno de este nombre, en el siglo presente, no cree en nada y de ello se vanagloria.

Tenemos necesidad de una nueva Revelación, mientras tanto, las precedentes están caducas o peor: son las fuentes del desorden. Vamos hacia la muerte con el apoyo de todas las autoridades morales. Con la sanción de todas las autoridades religiosas, vamos hacia la muerte universal y no hay nada que lo impida, nuestras tradiciones nos aprueban abiertamente tender a eso y nuestros valores, al igual que nuestros intereses, nos empujan en el mismo sentido, jamás se ha visto acuerdo más unánime. La Tierra se ha convertido en el altar de los holocaustos y la humanidad, presa de vértigo, sube a inmolarse, prensando de los pies a los raros que denuncian la impostura. Ahora sabemos, ahora que es demasiado tarde, sabemos que todo sacrificio no es en este mundo más que una impostura y la impostura más manifiesta, pero lo hemos aprendido en el momento de morir. Mañana la Revelación nueva alumbrará los restos de la humanidad sobre eso que la inmolación tendrá de absurdo, la generación presente ya está condenada, no hay regreso, el altar de los holocaustos fuma y nuestra especie va a alimentarlo, alimentarlo con gritos de amor, con la esperanza de escapar a su condición vuelta inhumana.

La fe no salva más a los hombres, ¿qué digo?, ella los precipita delante de su muerte, la fe no es más que una golosina y una fornicación, pero golosina y fornicación no nos enseñan a reflexionar. Pues no se trata ya de entregarse, eso sería demasiado fácil; no se trata ya de cargar su cruz, eso sería demasiado cómodo; no se trata ya de imitar a tal y menos todavía de seguirlo, eso no sería más que un camino de huida: se trata, en adelante, de repensar el mundo y de valorar nuestra evidencia, de medir y de pesar y de arrojar nuevos fundamentos, estos deberes son más importantes que los otros. Ahora bien, no parecen al alcance de la mano de la mayoría de los hombres, también la mayor parte de los humanos, no pudiendo cumplirlos, serán culpables y castigados, sin siquiera entender esto que les pasa. La masa de perdición es la obra del caos, ella es caos y regresa al caos, no tenemos que llorar por su muerte, porque ella es la legión de las sombras y porque las sombras abortadas no tienen más que un semblante de vida en el seno del equívoco: es por estas sombras por las que las religiones fueron hechas, las consolaban de su abyección, pero ellas perpetuaban su abyección.

No sabemos qué dioses adorarán los siglos por venir, nosotros creemos en el advenimiento de un orden donde el principio femenino tomará el lugar que reservamos al Padre en el Cielo, convertido entre nosotros en el Padre del caos y de la muerte. Nosotros aprobamos la promoción de María: María, que no era nada en los cuatro evangelios, acaba de subir al Cielo, del que ella toma posesión después de dos mil años, ella es Magna Mater resucitada y Jesús no es ya más que su apéndice, pero le falta siempre una mitad de ella misma. Los siglos por venir restaurarán la integridad de la Diosa, pues no es suficiente que ella sea Virgen y Madre, es necesario aún que ella sea Prostituta y que absorba la figura de Magdalena, donde el complemento de la integridad reside. Entonces y solamente entonces podremos celebrar el matrimonio del Cielo y de la Tierra, entonces y solamente entonces renunciaremos a la idea de sacrificio, entonces y solamente entonces la paz será perpetua y el principio femenino maestro absoluto del mundo, así como antes de la Historia, entonces y solamente entonces el movimiento se detendrá para que la inmovilidad reine, entonces y solamente entonces el centro será reconquistado y la extensión organizada a partir de este centro.

Pero antes nada será resuelto, pues no podemos cambiar de principio sin que la desmesura reine y sin que el escándalo estalle, la buena voluntad no basta para preservar un orden que el futuro rechaza y que se perpetua agotando nuestra evidencia, orden de muerte y en el que el caos será legatario. No podemos evitar la desdicha ni su lógica sin defecto, estamos condenados a sufrir el desarrollo de las fases, unas previsibles, otras imprevistas, no detendremos el movimiento que nos lleva: los hombres continuarán engendrando, las mujeres pariendo y para alimentar la masa de perdición todo será empleado y el futuro hipotecado. Nuestros descendientes, reducidos a alguna fracción ínfima de la humanidad presente, heredarán un mundo devastado, cuya belleza no será más que un recuerdo, pasarán siglos restaurándolo, limitarán sus nacimientos, a fin de que el suelo repose y las aguas se purifiquen, no se darán a la tarea de violentar esta ecúmene ni de buscar dioses y las leyes de éstos, no inmolarán más esta evidencia a la ilusión de la trascendencia, permanecerán fieles a la Tierra, obligando al Cielo a santificarla

Por eso caminamos hacia la muerte, sin esperanza de refugio, alienados y poseídos, la Historia no haciéndonos favor y entregándonos a la fatalidad, siempre más fuerte debido a nuestras obras. Es demasiado tarde, tal es la única certeza, estamos en pedazos y no alcanzamos siquiera a suponer una síntesis, no podemos ya concebirnos y no respondemos de nosotros, nos buscamos huyéndonos y encontramos en esta huida un arte para sustraernos a nuestra coherencia. El movimiento, que ya no se detiene, nos desmiembra y a eso consentimos con delicias, aprobamos en voz baja eso que aparentamos deplorar, gozamos de este caos insinuado en el orden más despótico y aceptamos nuestras libertades de muerte en perjuicio de nuestros fines. La humanidad quiere plenamente eso que debe sufrir, eso que tenía lo abdica y no la obligaremos a desmentirse, rehúsa comprender lo poco que desenreda, abomina a aquellos quienes le advierten y de común acuerdo serán reducidos al silencio por el poder civil y el poder religioso, los raros que desengañan a los ciegos conmoviendo a los sordos.

La libertad de incoherencia ha reemplazado a las otras, y nosotros ya no renunciaremos a ella, las artes lo ilustran y las letras a ella nos remiten, ¿qué digo?, las ciencias en ella se reconocen y los más grandes sabios renuncian a la idea misma de síntesis. Ahora bien, la idea de síntesis retirada, la coherencia es imposible y el Humanismo no es más que una vana palabra; hace mucho tiempo que la mesura no está más de moda y nadie piensa guardarla, pero con ella un segundo elemento del Humanismo cae; con respecto del tercero, la objetividad, no tenemos ya el espacio necesario y es otra paradoja el triunfo de la subjetividad entre los hombres de ahora, a pesar de la lección de las ciencias, más objetivas que nunca. He aquí por qué el laberinto es la figura de nuestra evidencia, pues su imagen nos entrega el breviario del tiempo, el laberinto es legión y no conseguimos ya comunicarnos, no tenemos más un denominador común, somos irreales y nos complacemos en serlo. ¿La palabra comunicación estaría a la moda si la comunión no fuera problemática? En verdad, somos una legión de soledades y, sin embargo, rodamos confundidos, presas de aquello que mezclándonos, no para de aislarnos.

No escapamos de lo falso más que con ayuda de la furia, pero en cuanto volvemos en nosotros mismos, regresamos a lo falso y no pudiendo ir a lo verdadero, sin caer en la desesperación y el desenfreno, hablamos de autenticidad, para no confesar que todavía mentimos. Hemos llegado a mentir en dos planos y los oponemos, a fin de persuadirnos de que la objetividad mantiene sus derechos, hablamos incluso de dialéctica en el momento de cambiar de plano, lo esencial de la mentira es agitarnos en lugar de impulsarnos y sustraernos de la confrontación en lugar de buscarla. Así nos fermentamos en una esfera cerrada, damos ahí un espectáculo y la logomaquia triunfa todas las veces, pero esta esfera es llevada por una Historia vuelta fatal y que determinaremos cada vez menos, un torbellino al cual nuestras obras imprimieron a pesar de nosotros una sacudida decisiva y que nuestras ideas no recuperan. Hemos dejado de concebirnos a nosotros mismos, ya no nos consideramos al mando y nos hundimos en un estado que nos complace y del que sólo la catástrofe nos hará salir, estamos faltos de virilidad frente a nuestra evidencia, somos mujeres ante el destino.

Nuestros intelectuales no saben más que actuar y nuestros religiosos no saben más que mentir, ninguno sueña con repensar el mundo, ninguno nos propone las formas de examinar la evidencia, ellos quieren todos hacer carrera y se admira el arte con el cual se procurarán los unos a los otros sin jamás herir las conveniencias. Nos volvemos cada vez más conservadores y llegamos a mantener las antiguallas más caducas y más vergonzosas, nuestras revoluciones son puramente verbales y cambiamos las palabras para darnos la ilusión de reformar las cosas, tenemos miedo de todo y de nosotros mismos, encontramos la manera de eliminar la audacia exasperando la audacia y de tener ocupada la locura exagerando la locura, no nos oponemos a nada y lo abortamos todo, es el triunfo de la desmesura enfeudada en la impotencia. Con esto, vamos a la muerte, digo: la muerte universal, excepto unos cuantos, comisionada para cerrar la Historia. Nuestras tradiciones nos lo habrán profetizado, estas tradiciones son coherentes y cuando las traducimos ridículamente, actuamos de mala fe, ninguna seguridad prevalece sobre sus anuncios y ninguna probabilidad las excluye.

Nuestras tradiciones no habían mentido, porque eran humanas y conocían al hombre, a pesar de su ignorancia del mundo, y nosotros, que conocemos bien el mundo, a tal grado que lo violentaremos cada vez más, comenzamos a ignorar al hombre, no por falta de medios, sino en razón de un vuelco de ánimo que nos ciega sobre nosotros mismos. El hombre siendo superado, sólo puede ser miserable y nos rehusamos a convenir en ello, esta miseria nos molesta, contraría nuestras intenciones y la exorcizamos, le huimos y reculamos, pues ella anuncia el fracaso de nuestras obras. Ahora bien, la superación es nuestro ídolo y sacrificamos ante ella la coherencia, renunciamos por amor a ella a la idea de síntesis, quemaremos uno tras otro nuestros valores y nuestras razones de vivir, pero el ídolo es insaciable y estaremos obligados a ofrecernos en holocausto. Eso que nuestros jóvenes desesperados habrán aprendido a hacer, nosotros lo haremos mañana por millones, la concretización será el acto por excelencia donde la locura y la sabiduría operarán, en una superación suprema, su síntesis, a fin de que la muerte sea la única viva y el caos el único vestido con los atributos del orden.

La vuelta al origen es el primer deber del que se ha hecho el hombre. También los escasos pensadores dignos de este nombre se ocupan de la ontología y de la etimología, a fin de reestablecer una metafísica, mientras que los espíritus pequeños, preocupados por estar a la moda, se abisman en la contemplación de lo social, este detalle subalterno. Puesto que la sociedad no es nada, es un molde del que la masa de perdición será el contenido, es la batalla de los sonámbulos espermáticos, es una cosa infinitamente despreciable y de la cual el filósofo no tendrá preocupación. La Historia es la obra de los grandes hombres y el campo cerrado donde se miden las élites, la muchedumbre es admitida al espectáculo y cuando está envuelta en su ruina, sus muertos no cuentan más que las moscas. Una de las aberraciones de nuestro tiempo es haber multiplicado la tumba del Soldado Desconocido: haciendo esto, hemos dado garantías a los peores de entre los subversivos, el anonimato sirviendo de escudo a aquellos que el caos engendra, al fin el caos tiene altares entre nosotros y ahí lo reverenciaremos ahora. Pues los ídolos anónimos son las puertas por donde el caos entra en el lugar, las puertas permanecerán abiertas, a fin de que el caos pueda invadirlo todo.

La catástrofe es necesaria, la catástrofe es deseable, la catástrofe es legítima, la catástrofe es providencial, el mundo no se renueva por menos y si el mundo no se renueva, deberá desaparecer con los hombres, que lo infectan. Los hombres se han derramado sobre el universo como una lepra y mientras más se multiplican, más lo desnaturalizan, ellos creen servir a sus dioses volviéndose siempre más innumerables, sus comerciantes y sus sacerdotes aprueban su fecundidad, unos porque los enriquece, los otros, ellos, porque los acredita. Los sabios pueden darnos la alarma, su voz está casi siempre sofocada, los intereses de la moral y del negocio forman una alianza indefectible, el dinero y la espiritualidad no toleran que el movimiento se detenga, los comerciantes quieren consumidores, los sacerdotes quieren familias, la guerra los asusta menos que el despoblamiento: es en los comerciantes y en los sacerdotes que el orden para la muerte encuentra sus apoyos más firmes. La humanidad deberá recordar esta conspiración y cuando la desdicha se haya convertido en pan de cada día, deberá castigar a aquellos que la entregan al caos con el solo hecho de su existencia.

El único remedio para la miseria es la esterilidad de los miserables, pero el orden para la muerte, el orden de los comerciantes y de los sacerdotes, nos prohíbe incluso hablar de ello. Los comerciantes y los sacerdotes quieren enriquecerse y dominar, quieren el beneficio material y el crédito moral, los obtienen de nuestra imbecilidad, pues nuestro desengañamiento sería su fin, como lo sería también el fin de la miseria. Nuestras tradiciones están caducas y sus paladines, unos malhechores, aquellos que nos predican la observancia, tienen por designio eternizar su establecimiento y sea esto al precio de nuestra muerte. El deber es el de profanar eso que ellos reverencian, pues sin la profanación, el cambio no echa raíz y entre más tardemos en cambiar, probaremos más males y más mártires. Yo hablo ahora a todos y digo a la masa de perdición que escaparía a su ruina no siendo más una multitud sin rostro, en adelante le convendrá obstruir las fuentes de vida y comprender que no hay otro vicio en este bajo mundo que el de ser pobre, todo pobre volviéndose un criminal a partir del momento en el que suscitando un pobre, entrega a la miseria una nueva prenda.

Nuestras revoluciones han fracasado una tras otra y es justo, ninguna osó tocar lo esencial, cada una se volvió la legataria universal de un pasado que, refluyendo sobre ella, lo extinguió en la fuente. En verdad debemos cambiar de eje y lo haremos sin ninguna duda después de la catástrofe, antes retomaremos los mismos errores y no avanzaremos ni un paso en la carrera que abriremos sin cesar. Es el estatuto familiar el que deberemos cambiar un día de arriba abajo, pues las familias tradicionales son proliferantes y todos los moralistas publicaron su alabanza. A esos moralistas les queremos tomar la palabra y, volviéndose criminal la fecundidad, prevaleceremos un día contra el crimen, trastornando el estatuto familiar. A lo que se añade que la escuela de la servidumbre no reside en otra parte y por ello los tiranos aman las familias tradicionales, donde la mujer es sirvienta y los niños súbditos, pero el padre —sea obsceno, ridículo y miserable— es el amo en su casa y el arquetipo de nuestros príncipes, sí, ¡el modelo viviente de nuestros dioses y de nuestros reyes! Este arreglo ha durado demasiado, la masa de perdición es la consecuencia de ello.

Un mundo poblado por Onanistas y Sodomitas sería menos miserable que el nuestro, he ahí la verdad. Somos infelices por cumplir un deber imaginario y por conformarnos con unos preceptos pasados, pero el deber no nos aleja más de nuestra abyección y los preceptos nos hacen perseverar en ella. El orden moral, que dominó sobre nosotros desde

hace veinte siglos, ha cumplido su tiempo y nosotros medimos la crueldad, el orden moral sobrevive y nosotros moriremos de ello, innumerables, el orden moral reclama ahora la tolerancia, que siempre ha rechazado a sus víctimas, predica la fraternidad, la cual nunca procuró, él habla de transformarse, él que se prevalió de ser inmutable, el orden moral querría confiscar la renovación para llenar sus viejos odres, abomina lo que viene y no pudiendo impedir nada, se ofrece como espectáculo y nos promete palabras y maravillas. Después de la catástrofe, de la que es la primera causa eficiente, el orden moral será la víctima en turno y se conservarán sus restos, para que la reprobación pueda golpear a algún vivo entre nosotros y que los hombres puedan encarnarse después de los hombres, sobre los cuales el mal del mundo se acurruca y en los cuales toma consistencia.

Entramos a la noche y no saldremos de ella más que reducidos a débiles restos, somos demasiado numerosos, seremos más numerosos y seremos cada vez más numerosos, a fin de que el caos triunfe y de que la muerte se sacie. Nuestros maestros son nuestros enemigos y nuestros religiosos nuestros seductores y sus cómplices, somos huérfanos y no queremos escuchar eso, buscamos en todas partes padres y madres, se nos promete eso hasta en el Cielo, y nosotros los invocamos desde el fin de estos abismos donde el orden moral nos hace subsistir. En el universo futuro no será una masa de perdición, no porque los hombres serán todos felices, sino porque ya no será más una masa. Con cien millones de humanos la Tierra sería el Paraíso; con los miles de millones que la devoran y la deshonran ella será el Infierno de polo a polo, la prisión de la especie, el cuarto de tortura universal y la cloaca llena de locos místicos subsistiendo en sus desechos. La masa es el pecado del orden, es el subproducto de la moral y de la fe, eso basta para condenar el orden, la moral y la fe, pues no sirven más que para multiplicar a los hombres y convertirlos en insectos.

Yo soy uno de los profetas de mis tiempos, y no teniendo derecho a la palabra, escribo eso que tengo que decir. Alrededor mío la locura, la estupidez y la ignorancia alternan con la mentira y el cálculo, las virtudes apoyando igual a unas que a otras, pues lo trágico del asunto, y en lo que los moralistas no convienen, es que el mundo estalla de virtudes, pienso que jamás se han visto tantas. A pesar de todas estas virtudes, vamos al caos, tantas virtudes no nos preservan de la muerte universal, y llego a preguntarme si las virtudes no están en demasía entre nosotros mismos, ¿y la coherencia, la medida de la objetividad? Las virtudes no nos salvan del orden y el orden se sirve de ellas para perdernos, actualmente somos los engañados de un sistema que nos extravía en cuanto a nuestros intereses y nos sacrifica a los suyos, persuadiéndonos también de que son los nuestros. Así nosotros creemos hacer todo bien y abusamos a cual más, la locura siendo nuestra recompensa y nuestro ambiente la estupidez, donde la ignorancia parece el deber primero, a fin de que la mentira y el cálculo tengan las manos libres. Hemos permanecido y permaneceremos niños, mientras subsista la familia.

La familia es una institución que un día será necesario superar, no tiene ya razón de ser: es, en la mayoría de los casos, proliferante y el universo está sobrepoblado, además es la fuente de nuestras ideas más cuestionables y no podemos darnos el lujo de perpetuar las ideas falsas entre las obras, cuya precisión espanta. No se debe tolerar más que a las familias eugenésicas, y sabemos que son escasas, las otras terminarán por parecernos indeseables, y en un mundo que la pobreza amenaza, toda familia pobre agrega a la miseria, toda familia pobre es ya criminal por el solo hecho de su existencia. Persuadámonos de que la caridad no es más que un delirio y de que infama lo que envuelve, vale más destruirse que ser su víctima, sirviendo de trapecio a las almas caritativas. La promiscuidad, el destino de los indigentes, sin importar el país o la edad, es, pese al silencio de las autoridades religiosas o morales, el colmo de la abyección: ahora bien, nadie se ha preocupado por ello después de cincuenta siglos, porque el orden prefería la abyección a su remedio, la esterilidad. El orden fue siempre inhumano y el orden moral el más inhumano de todos.

Es la inmoralidad la que salvará al mundo, es la relajación y la desidia, es el rechazo de los sacrificios en todo género y el abandono de las virtudes militantes, es el desprecio de todo eso que juzgamos respetable y el consentimiento a la frivolidad, es el afeminamiento lo que nos liberará de la pesadilla hacia la que la virilidad nos encamina y de la cual no regresará jamás, porque el hombre es el esposo de la muerte y porque la muerte preside sus pasos. La guerra es el ámbito del hombre y el hombre se prepara para ella, es su razón de ser y si la paz perpetua nos fuera entregada, así como antes de la Historia, en esos tiempos donde la mujer era a la vez maestra y sacerdotisa, el poder temporal y el poder espiritual caerían de sus manos, y como hace cincuenta siglos, regresarían a la nada, la nada de donde la muerte lo hace salir, la muerte, el orden moral, la guerra y la necesidad de virtudes militantes, el aparato de la barbarie legal y la instauración de la inmunidad sistemática. El hombre tiene necesidad de legitimar su preeminencia organizando la desdicha, es a este precio que se vuelve indispensable, pero este precio, ¿cuánto tiempo podemos pagarlo todavía?

En verdad, el hombre no tiene entrañas, su caridad nunca ha sido más que un ejercicio, para no ser violento se debe hacer violencia y el orden que instaura tiene por sustento el asesinato. Los pueblos antiguos, aquellos de antes de la Historia, eran más simples y más dulces que éstos, a los que debemos nuestros imperativos y nuestras tradiciones; eran regidos por mujeres y les juzgamos inmorales, pero es la reputación que sus vencedores, en los que nos inspiramos siempre, les habían hecho. El hombre, en el presente, parece al final del camino, y debido a sus imperativos atroces aliándose a sus medidas desmesuradas, no le queda más que prepararse para el holocausto ecuménico, donde se verá mañana la coronación de sus obras. Ya que no saldremos de nuestra Historia salvo si la agotamos y no la agotaremos más que con la ayuda de nuestras inmolaciones, será necesario que el mundo entero se vuelva un cementerio para que el cambio de sensibilidad lo logre, no abdicaremos por menos, preferimos nuestra desdicha que la reforma y lo probaremos, armas en manos seguiremos siempre a esos que nos enseñarán el camino de la muerte y estaremos orgullosos de seguirlos.

El mundo que nosotros habitamos es duro, frío, sombrío, injusto y metódico, sus gobernantes son o imbéciles patéticos o profundos perversos, ninguno está más a la medida de esta época, estamos rebasados, seamos pequeños o grandes, la legitimidad parece inconcebible y el poder no es más que un poder de hecho, un peor de los casos al cual nos resignamos. Si se exterminara, de polo a polo, a todas las clases dominantes, nada habría cambiado, el orden instaurado aquí hace cincuenta siglos no sería siquiera turbado, la marcha a la muerte no se detendría ya un solo día y los rebeldes triunfantes no tendrían más que la opción de ser los legatarios de las tradiciones caducas y de los imperativos absurdos. La farsa se acabó, la tragedia comienza, el mundo se hará cada vez más duro, más frío, más sombrío y más injusto, y, pese al caos invasor, cada vez más metódico: es tal la alianza del espíritu de sistema y del desorden que su carácter me parece menos cuestionable, jamás se verá más disciplina y más absurdidad, más cálculo y más paradojas, en suma, más problemas resueltos, pero resueltos en pura pérdida.

Ya que la muerte es el sentido de toda cosa, está permitido suponer que la Historia, habiendo comenzado, deberá terminar. Hubo un mundo antes de la Historia, y se presume que la Historia, estando viva, no tiene el privilegio de la eternidad, la Salvación inicia cuando cesa nuestra Historia. Pues la Metafísica existía mucho antes de la Historia y el hombre es en primer lugar un animal metafísico, lo era al menos después de cien mil años, cuando se abrió el paréntesis de la historia, y cuando se haya vuelto a cerrar, el hombre subsistirá sin ella, con sus fines últimos. Entonces y solamente entonces la Historia habrá tomado sentido tomando forma y, convertida en un todo, será el objeto de las meditaciones intemporales de la especie, pero hoy no podemos más que interrogarnos sobre ella y sufrirla tanto como nuestras obras, sabiendo que nos conduce hacia nuestra pérdida. En verdad corremos a la muerte a lo largo de un plano cada vez más inclinado, resbalamos ahí y ahí nos precipitamos, ebrios y consintientes, pues mientras los hombres son más viriles y menos temen perecer, más la muerte les parece una fiesta donde se encierran sus razones de vivir. Pues el rescate de nuestras virtudes no habrá sido nunca más que el holocausto.

No podremos cambiar nuestras ciudades más que aniquilándolas, y sea esto con los hombres que las pueblan, y vendrá la hora en la que aplaudiremos este holocausto. Entonces no recularemos ya ante nada y habrá quien se mostrará el más bárbaro, nos volveremos los sacerdotes del caos y de la muerte, es el orden quien será nuestra víctima y nosotros la inmolaremos para que el absurdo cese, llevaremos más lejos las plagas naturales y doblaremos su malignidad. Así castigaremos a aquellos que han nacido indeseables y que se jactan de multiplicarse aún, les enseñaremos que vivir es un abuso, jamás un derecho, y que merecen perecer, porque ocupan demasiado espacio aumentando la fealdad del mundo, abrumado por un excedente de hombres. Queremos restaurar y por eso soñamos con destruir, queremos reencontrar una armonía y por eso armamos el caos de nuestro amor, queremos renovarlo todo y por eso no dispensaremos ya nada. Pues si los vivos eligen la opción de ser unos insectos y de pulular en las tinieblas, el rumor y el hedor, estamos ahí para impedírselos y salvar al Hombre exterminándolos.

Cuando los humanos sepan que no hay más remedio que en la muerte, bendecirán a aquellos que los matan, para no tener que destruirse ellos mismos. Al ser todos nuestros problemas insolubles y con nuevos problemas agregándose sin cesar a aquellos que no alcanzamos ya a resolver, será necesario que el furor de vivir, en el que nos consumimos, se agote y que el abatimiento suceda al optimismo criminal, que me parece la vergüenza de estos tiempos. Pues la prosperidad de los países ricos no durará eternamente en el seno de un mundo que se hunde en una miseria absoluta, y como es demasiado tarde para sacarlo de ahí, no tendrán más que la opción de exterminar a los pobres o de ser pobres a su vez, ellos mismos no evitarán ya el caos y la muerte, si por ventura se deciden por la solución más bárbara. Así, por más que se emprenda, no se llegará más que al horror, y al no comunicarse con nosotros el espíritu de las causas, seguiremos infaliblemente a Ícaro en su caída o a Faetón en su abismo, yo no creo ya en el futuro de la ciencia y al no ser la mutación del hombre más que una doble quimera, nuestros descendientes deberán recuperarse sobre el caos y sobre la muerte, en la que nosotros vamos a perdernos.

El mundo es feo, lo será cada vez más, los bosques caen bajo el hacha, las ciudades crecen engulléndolo todo, y por doquier los desiertos se extienden, los desiertos son también obra del hombre, la muerte del suelo es la sombra que las ciudades proyectan a la distancia, se une a eso en el presente la muerte del agua, después será la muerte del aire, pero el cuarto elemento, el fuego, subsistirá para que los otros sean vengados, es por el fuego que moriremos en nuestro turno. Caminamos hacia la muerte universal y los mejor enterados lo saben, saben que no hay remedio a esas calamidades desencadenadas por las obras, son trágicos entre los frívolos, guardan silencio entre los charlatanes, dejan esperar a unos eso que otros les prometen, no se enredan en advertir a los primeros ni en confundir a los segundos, juzgan que el mundo es digno de perecer y que la catástrofe es preferible a esta expansión en el horror absoluto y en la fealdad perfecta, que no nos serán evitadas más que al precio de la ruina. ¡Que la ruina sea y que la disolución se concluya! Preferimos lo irreparable que la supervivencia en un fracaso recomenzado.

Todo se fragmenta y todo se desmiembra, las nociones —que se pensaban adquiridas— se deshacen, el gran estremecimiento preludia y cada uno rompe los instrumentos de los que se servían nuestros padres. En los países donde reina la censura, uno se empeña en negar la evidencia; en los países donde la censura es abolida, se dice cualquier cosa: la diferencia parece imperceptible, pues viene a ser lo mismo mentir o perderse, y se presume que aquellos que mienten acompañarán algún día a aquellos que se han perdido. Las Musas han abandonado la Tierra y llevamos varias generaciones que las bellas artes están muertas, los impostores tienen el campo libre y jamás se mostraron más increíbles, pero lo más triste es que aquellos que se oponen a su impostura no nos proponen nada, nada más que banalidades. Nuestras ciudades son unas pesadillas, sus habitantes se vuelven parecidos a las termitas, todo lo que se edifica es de una fealdad monstruosa y no sabemos ya construir templos, palacios ni tumbas, plazas triunfales ni anfiteatros. A cada paso la vista es ofendida, el oído ensordecido y el olfato desesperado, nos preguntaremos pronto: "¿Para qué sirve el orden?"

Diez mil leguas no harán que avancemos ni un paso, siendo el mundo cada vez más el mismo, excepto por la miseria, que introduce un poco de diferencia entre las naciones. ¿Para qué viajar? ¿Para qué sirve evadirse? Reencontramos en otra parte todo eso que dejamos aquí, la prisión se vuelve a cerrar y no saldremos de ella más que muertos, la Luna y los Planetas son inhabitables. ¿De qué manera, en adelante, creer en la bondad del cielo, cuando los Infiernos son legión, tanto los Infiernos de flamas como los Infiernos de hielos? ¿Qué tipo de Creación es ésta en el que la vida no es más que un epifenómeno y el hombre un accidente? ¿Qué es este orden natural, donde mil fracasos preludian a mil agonías por un solo éxito? Lo Bello, lo Bueno, lo Justo y todo eso que juzgamos adorable, no es el reflejo de una providencia —¡ay!— imaginaria, es lo que se engendra en nosotros a partir de nosotros solos, no debemos ya buscar en otra parte ni el modelo ni el fin, es el fruto de nuestra misma excelencia, lo que prueba también que los humanos no sabrían ser iguales y que hay un abismo entre la masa de perdición, hecha a la imagen del caos y siempre digna de perecer, y los elegidos, en quienes residen la luz y el orden.

Nuestros sabios colmarán al mundo de juguetes costosos, son niños grandes que juegan a violentar la naturaleza, y que admiramos a veces sin ningún motivo, pues los servicios que nos devuelven son cada vez más problemáticos. En adelante nadie puede prever a qué nos encamina tal o cual descubrimiento, existen tantas vías donde se vislumbra la Fatalidad y ya no el género humano, la fuente parte en vano de nuestras manos, el curso del río se nos escapa, el mundo se vuelve de nuevo incognoscible y no podemos admitirlo, bajo pena de desesperar a los simples, los cuales esperan el milagro y no la catástrofe. Una nueva puesta en orden es imposible en adelante, el mundo está en pedazos y no imaginamos ya una síntesis en medio de un cambio perpetuo, sería necesario detener el movimiento con el solo fin de emprender una retirada metódica: ahora bien, nosotros no somos maestros de frenar el flujo que nos lleva, los hombres mejor enterados comprueban después de unos años que es demasiado tarde, vamos al caos, vamos a la muerte, preparamos la catástrofe más enorme de toda la Historia, ésa que cerrará la Historia y de la que los sobrevivientes estarán marcados por todos los siglos.

Nosotros odiamos un mundo colmado de insectos, y aquellos que juran que éstos son hombres mienten: la masa de perdición no ha sido jamás de hombres, sino de rechazados, y ¿desde cuándo un autómata espermático debe ser mi prójimo? Si es necesario que éste sea mi prójimo, yo digo que mi prójimo no existe y que mi deber es el de no asemejármele en nada. La caridad no es más que un engaño y los que me la enseñan son mis adversarios, la caridad no salva un mundo repleto de insectos que no saben más que devorarlo, manchándolo de su basura: no es necesario ni prestarles asistencia ni poner impedimento a las enfermedades que los diezman, mientras más mueran, será mejor para nosotros, pues no tendremos necesidad de exterminarlos nosotros mismos. Entramos en un futuro bárbaro y debemos armarnos de su barbarie, para estar a la medida de su desmesura y resistir a su incoherencia, no tenemos más que la elección de mantener o de abdicar, debemos golpear hoy a aquellos que golpearán mañana, tal es la regla del juego y esos que nos imploran nos castigarían pronto por haberlo olvidado.

¿Para qué engañarnos? Nos volveremos atroces, careceremos de suelo y agua, quizás careceremos de aire y nos exterminaremos para subsistir, terminaremos por comernos los unos a los otros y nuestros religiosos nos acompañarán en esta barbarie, fuimos teófagos y seremos antropófagos, esto no será más que un logro más. Entonces se verá, pero al descubierto, eso que nuestras religiones contenían de barbarie, esto será la encarnación de nuestros imperativos categóricos y la presencia de nuestros dogmas vuelta real, la revelación de nuestros misterios espantosos y la aplicación de nuestras leyendas siete veces más inhumanas que nuestras leyes penales. Las artes nos ocultaban estos horrores fúnebres y sangrientos, probaremos mañana estos horrores en su desnudez, de ellos moriremos, los raros sobrevivientes los proscribirán con los monstruos, quienes los acreditan y los perpetúan. Nuestros medios más mortíferos, ¿qué son a un lado de nuestras tradiciones? Y estas tradiciones, a las cuales apreciamos más que a nosotros mismos, reencuentran maneras que estarán en adelante a su medida y que nos forzarán, por primera vez, a entregarnos, a fin de que todo sea consumido.

Estamos en el fin de los tiempos y por ello todo se disuelve, nuestro futuro se anuncia multiplicando nuestros desórdenes, la lección de la Historia es que el cambio se paga y que el precio de la metamorfosis es el más elevado que existe: ahora bien, nosotros nos metamorfoseamos y, aunque fuera a pesar nuestro, no sabemos en qué nos convertimos y las palabras que sirven para definirnos nos dejan de camino. Las formas se abren y los contenidos se escapan, los pesos y las medidas son falseadas, el juicio de los hombres mejor informados se extravía y la mala calidad triunfa impunemente con los impostores, quienes la acreditan. Nuestras lenguas degeneran y las más bellas se hacen feas, y las más entendidas se hacen oscuras, la poesía está muerta, la prosa tiene la elección del caos o de la llanura. Las artes se desvanecieron hace varias generaciones y nuestros artistas más renombrados no parecen más que inmensos titiriteros que el futuro despreciará. No sabemos ni construir ni esculpir ni pintar, nuestra música es una abominación, por ello restauramos los monumentos antiguos en lugar de destruirlos y por ello nos volvemos conservadores de todos los estilos, doble confesión de impotencia.

Ya que la simultaneidad de los estilos añade a la confusión de las formas, el siglo quiso elegirlo todo y por eso no encontramos nada, somos similares a los moribundos, la Historia entera se descubre ante nosotros haciéndonos agotar nuestra impotencia. En verdad, estamos en plena agonía en el momento en el que presumimos de nuestra fuerza, pues una fuerza que no se concibe a sí misma tiene al caos por fin. Nuestro futuro es una pasión y a pesar del furor que nos anima, el defecto de cohesión nos impedirá alcanzar lo que sea que pueda ser, finalmente volvemos sobre el círculo, volviéndonos la presa de contenidos mentales más libres que nosotros mismos. Estamos perdidos de aquí en adelante, renunciamos a la idea de síntesis y llegamos a suponer un acomodo del orden y de la incoherencia, nos imaginamos poder sobrevivir impunemente a lo que nos deshace, estamos en pedazos y la primera prueba nos lo mostrará, ya no nos reestableceremos y el horror nos espera, un horror indecible que no dejará en pie más que el elemento intemporal, del cual no tenemos conocimiento. Pues vamos a morir con nuestras obras y por nuestras obras.

Yo elevo un canto de muerte sobre el universo, y preveo el aniquilamiento del mundo que nosotros habitamos de polo a polo, y de esos mundos que nos precedieron y que estamos acabando de desenterrar a fin de que sean destruidos con el nuestro. Las ciento y tantas ciudades muertas, que de un extremo del universo al otro resucitábamos, morirán una segunda vez, sin resurrección posible, y de ellas se perderá hasta el recuerdo, y nuestros museos serán aniquilados junto con los tesoros que ellos encierran. Todas las naciones perderán su pasado, la especie humana no podrá sobrevivir si de antemano esta condición no es cumplida, cada una debiendo inmolar sus profusiones, sus leyendas y sus esperanzas. Tal es el sentido del Juicio Final, donde apareceremos desnudos, a fin de regresar, sea a la nada, sea a la vida nueva, y veremos si los fieles de las religiones reveladas, a quienes sus tradiciones preparan después de tanto siglos para la prueba, se querrán desprender de buen grado y cumplir sus compromisos, nosotros admiraremos su espíritu de sacrificio. ¡Yo elevo un canto de muerte y saludo al caos ascendiente del abismo y al terror antiguo vuelto del fondo de los tiempos!

Yo canto el caos con la muerte, la muerte y el caos van a celebrar su matrimonio, el abrasamiento de la ecúmene encenderá sus bodas, nuestras ciudades perecerán y sus casas serán la tumba de los insectos que las pueblan y las manchan. Pues la solución de nuestros problemas es el fuego, es sólo el fuego quien nos liberará de mil paradojas insolubles y quien hará caer los muros del laberinto en el que nos agitamos, presas del equívoco, es en el fuego donde se levanta desde ahora nuestra esperanza. Aspiramos a la simplicidad, la simplicidad nos llegará cuando el caos haya pasado, cuando la muerte haya triunfado, cuando no quede más que un hombre en donde se veían hormiguear más de cientos, cuando la Tierra, casi vacía, sea devuelta a su virginidad, en los tiempos felices donde los bosques engullirán la ruina calcinada de las ciudades, donde las aguas renacerán y los ríos correrán vueltos a ser transparentes, en el futuro donde no subsistirá la masa, pues toda masa es de perdición. El caos y la muerte de ello nos separan, pero no tememos ni a la muerte ni al caos, es el universo presente el que abominamos y el que no queremos más bajo ningún pretexto.

Llamamos al caos y a la muerte sobre el universo presente y aplaudimos su venida, la perpetuidad del orden sería peor y si él no se desmembrara, cambiaría a los hombres en insectos. La masa de perdición, he aquí el pecado del orden y si la masa ha invadido todo, contaminado todo, marchitado todo, infestado todo, ofuscado todo, vuelto todo peor que el caos mismo al punto de volver el caos más deseable, es porque el orden tenía necesidad de ella. El orden, que nosotros servimos y que nos envía al suplicio, el orden tiene necesidad de productores y de consumidores, no de hombres enteros, los hombres enteros lo incomodan, preferirá siempre los engendros, los sonámbulos y los autómatas, su crimen está ahí, el orden es a la vez pecador y criminal, no le debemos más que la flama, es por el fuego que el orden perecerá. ¡Santo, santo, santo es el fuego, que nos liberará del monstruo y de sus obras monstruosas! ¡Qué amable es el caos vengador! ¡Y qué bella la segunda muerte! ¡Y qué dichosos somos de esperarles y de saber que uno y otra son inevitables! En verdad, de aquí en adelante somos los conformistas de nuestros mañanas.

El orden es frágil, y lo es incluso cada vez más, porque refleja su desmesura y no supera su incoherencia, el orden está preñado de su muerte, porque refleja su propia subjetividad cada vez más caótica y cada vez más destituida de razones de ser. Los sobrevivientes de la próxima catástrofe llamarán mundo invertido al mundo que habitamos, un mundo cada vez más absurdo a fuerza de regirse por un orden inadmisible que mantenemos en perjuicio de nuestros fines últimos. Pues el hombre no está aquí en la Tierra para producir y para consumir, producir y consumir nunca han sido más que el accesorio, se trata de ser y de sentir que se existe, el resto nos envilece al nivel de las hormigas, de las termitas y de las abejas. Rechazamos la suerte de ser insectos sociables, a lo que las ideologías de moda nos consagran, preferimos el caos y la muerte, y sabemos que están en marcha, sabemos que nuestras ideologías, por su parte, se precipitan inexorablemente al encuentro de la muerte y del caos, cuando ellas se jactan de instaurar el Paraíso sobre la Tierra, el Paraíso perdido que reencontraremos sobre la tumba de las masas, de las masas de perdición.

Somos ya demasiado numerosos para vivir, para vivir no como insectos, sino como hombres; multiplicamos los desiertos a fuerza de agotar el suelo, nuestros ríos no son más que sentinas y el océano entra a su vez en agonía, pero la fe, la moral, el orden y el interés material se unen para condenarnos a ser tribu: para las religiones son necesarios los fieles, para las naciones los defensores, para los industriales los consumidores, es decir, que son necesarios niños para todo el mundo, sin importar eso en lo que se convertirán, adultos. Somos empujados por el lomo al encuentro de la catástrofe y no podemos mantener nuestros fundamentos salvo yendo a la muerte, jamás se ha visto paradoja más trágica, jamás se ha visto absurdo más manifiesto, jamás la prueba de que este universo es una creación del azar, la vida un epifenómeno, y el hombre un accidente, ha recibido mayor confirmación general. No hemos tenido nunca un Padre en el Cielo, somos huérfanos, nos toca a nosotros comprenderlo, a nosotros volvernos mayores, a nosotros rehusar la obediencia a aquellos que nos engañan e inmolar a aquellos que nos consagran al abismo, pues nadie nos redimirá si no nos salvamos nosotros mismos.

¿Pero para qué predicar a estos miles de millones de sonámbulos que caminan hacia el caos con igual paso, bajo la batuta de sus seductores espirituales y bajo el garrote de sus amos? Son culpables porque son innumerables, las masas de perdición deben morir para que una restauración del hombre sea posible. Mi prójimo no es un insecto ciego y sordo, mi prójimo no es más un autómata espermático, mi prójimo no será jamás un anónimo presa de ideas oscuras y confusas, éstos son los diversos fracasos del hombre y nosotros los dejaremos confundir en la noche su alegría y su dolor igualmente absurdos. ¿Qué nos importa la nulidad de estos esclavos? Nadie los salva ni de ellos mismos ni de la evidencia, todo se dispone a precipitarlos en las tinieblas, ellos fueron engendrados por el azar de los apareamientos, luego nacieron igual que ladrillos saliendo de su molde y aquí están formando hileras paralelas cuyas pilas se elevan hasta las nubes. ¿Son hombres? No. La masa de perdición no se compone jamás de hombres, pues el hombre no comienza más que a partir del momento en el que la muchedumbre sea la tumba de lo humano.

Nosotros podremos reconstruir el universo cuando sea destruido y cuando los hombres se hayan vuelto más escasos que las cosas. Entonces y solamente entonces nuestro Humanismo no será más una vana palabra entre los sordos y los ciegos, pues no moriremos más de escuchar ni de ver, como ocurre en nuestros días, donde no se nos permite concebirnos a nosotros mismos por miedo a que ocupemos demasiado lugar. La alienación es el primer deber en el que el hombre sobreabunda, y las multitudes cumplen este deber, ellas son a la vez alienadas y consintientes, ellas son impotentes y poseídas a la vez. Podremos reconstruir el universo sobre la tumba de las masas de perdición, estas masas engendradas por el caos y consagradas a la muerte, que todos los salvadores reunidos, multiplicados por mil, no sacaran ya del abismo, pues la salvación ya no tiene sentido cuando es pretendida por varios miles de millones. No se rescatan los ladrillos de un muro y el orden es un caos de muro, que forma desde ahora un laberinto. ¿Qué es el hombre ahí dentro? Un elemento que se remplaza sin dificultad alguna, un elemento intercambiable, emanado por legiones de un mismo molde.

Nuestros peores enemigos son aquellos que nos hablan de esperanza y nos anuncian un futuro de gozo y de luz, de trabajo y de paz, donde nuestros problemas serán resueltos y nuestros deseos colmados. A ellos no les cuesta nada renovar sus promesas, pero a nosotros nos cuesta infinitamente prestarles oídos y no ganamos con ello más que ideas falsas, cuanto más avanzamos, más se vuelven dominantes esas ideas, y más nos abate el yugo del equívoco, nos tambaleamos bajo una acumulación de nociones oscuras y confusas que se querrían científicas y mediante las cuales perdemos la memoria de todo eso que, después de tres siglos, nos había desengañado. La logomaquia, llamada dialéctica, permite demostrar no importa qué, según las necesidades del momento y el interés de sus demostradores, porque abole los puntos de referencia junto con las posibilidades de resistencia: es la máquina para producir el caos y aunque fuese en nombre del orden, es verdaderamente el último esfuerzo de nuestro entendimiento puesto al servicio del absurdo y gracias al cual la disolución tiene el campo libre, sus promotores serán los últimos en perecer, después de haber inmolado todo, continuando así sintiéndose importantes en la nada.

El orden prepara metódicamente su liquidación observando la disciplina que nos predica; los sabios multiplican los descubrimientos y el orden se ampara en ellos, presa de la locura; finalmente todo se dispone a lo peor y perseveramos, en nombre de la moral y de la fe, en los caminos que a

eso nos conducen; las tradiciones compiten en impostura y las invenciones en maleficencia, no escaparemos ya a este concurso y el orden preside al acuerdo, al final del cual se entreabre el precipicio. El absurdo tiene su lógica y nosotros casamos las fases, creemos incluso improvisar, mientras no hacemos nada que no remita a este plan general que —sin comprenderlo— ejecutamos: es una mecánica cuyos mil veces mil mecanismos disertan largamente sobre una libertad que ellos juzgan es el atributo del hombre, el orden limitándose absurdamente a hacer eco de eso. Somos unos ciegos por deber y descansamos sobre el orden, más ciego que nosotros mismos y que se persuade de ser clarividente, es un engaño por partida doble y nadie escapa en adelante a la quiebra que esta operación prepara igualmente a todos los pueblos.

Las lecciones de la Historia están llenas de elocuencia, pero nosotros no queremos ya ser ilustrados por ellas, desafiamos a la Historia con el sólo fin de poder negar la evidencia y perseverar en nuestras ilusiones, creemos en el milagro, y aunque fuese abandonándonos a la fatalidad, nos dejamos llevar hacia eso que nos entusiasma, con la esperanza de un cambio que nada justifica, fuera de esta fe que nosotros tenemos en la utopía. Se trata de una especie de delirio que se ha apoderado de las mentes más frías, más matemáticas y más cínicas, es el rescate que ellos pagan al idealismo y el futuro se burlará de estos profundos calculadores y de estos pretendidos dialécticos, a la merced de ideas oscuras y confusas. Ningún responsable tiene entre nosotros el valor de prever la catástrofe y menos todavía de reconocerla, el imperativo categórico de estos tiempos es el optimismo y aunque sea sobre los bordes del abismo, hemos vuelto a la magia verbal, conjuramos y exorcizamos, lo más extraño es que el ridículo de nuestras actitudes parece estar en adelante en el orden, nuestros Jefes de Estado no son más que taumaturgos y nosotros no seremos ya, bajo ellos, más que víctimas consintientes.

Se nos interna en un laberinto, hablándonos de la comunicación, y se nos fuerza a recular por el amor a la superación futura y a la plenitud final. Nuestros maestros de pensar no salen ya de la logomaquia y cuando ellos han reemplazado tres docenas de palabras que nosotros entendemos por tres docenas de desconocidas, y mediante las cuales ellos formarán un código para su propio uso, nos enseñan que ellos han creado nuevas bases y que nos conviene pagarles un tributo de admiración. Nunca las explicaciones del mundo fueron tan miserables, los pesos y las medidas son falsos, los puntos de referencia todos problemáticos, por no hablar de la aceptación de los términos, entramos en el caos de las ideas y es a lo que la prostitución de las palabras nos encamina. Nadie es más de lo que es y cada uno se desea otro, rehusando volverse eso que aparenta parecer, de ahí cien trampas inconcebibles de las que los autores pierden la pista en medio de las ilusiones que los envuelven. La consecuencia de ello es un estupor universal y si se escuchara la lección de la Historia, se sabría que del estupor a la estupidez el camino es uno de los más resbaladizos.

Nos volvemos estúpidos a cual más, no importa el ámbito, y nuestras invenciones no remedian la paradoja. Cada vez más estúpidos en medio de nuestros medios cada vez más inteligentes, sufriremos la ley de estos medios y estos medios dispondrán de nosotros, para nuestra desilusión, nuestros Jefes de Estado serán sus primeros servidores y nos comprometerán a una servidumbre sin límites. Nuestros medios nos rebasan, y he ahí la superación que nuestros augurios nos prometen; ya probamos que nuestros medios se desarrollan, y he ahí el desarrollo que estos augurios nos describen; de nuestros medios hacia nosotros no existe ya un lenguaje común, y por ello la palabra comunicación está de moda; nuestros medios nos arrastran, no sabemos a dónde, el azar está ganando ahí una nueva dimensión, lo mismo que la necesidad, los dos en perjuicio de la libertad, la cual se confunde con la libertad de incertidumbre... a fin de cuentas, henos aquí más desprovistos que nuestros ancestros y amenazados de ahogo en un mar de contrasentidos. Han sido suficientes algunas generaciones para hundir los navíos mejor construidos y somos nosotros mismos quienes nos encargamos de esto, nosotros solos y no las tempestades de la Historia.

El espíritu de disolución invade todo, sucumbimos con gusto ante el horror poseídos por una locura providencial, reformamos sin cesar el plan de estudios, suprimiendo, uno tras otro, los elementos que fueron las escalas de la clarividencia. En lugar de eso, nosotros ofrecemos un caos de migajas a la generación que viene y negamos las lecciones de la Historia, queremos siempre innovar, a fin de estar a la moda. Así renunciamos a la dialéctica de lo cambiante y de lo persistente, inmolamos lo segundo a lo primero y nos sorprendemos después de no tener más puntos de referencia y de reencontrarnos en medio de bárbaros. Pues no sabemos más que barbarizar a aquellos que pretendemos instruir y los desarmamos frente a la vida, aparentando prepararlos para ello. En el seno del cambio perpetuo, sería necesario más que nunca cultivar nuestro Humanismo y más que nunca meditar la Filología y la Historia, sería necesario más que nunca hacernos de puntos de referencia y más que nunca de un patrón de pesos y medidas. Hemos sucumbido desde antes a eso que mañana nos engullirá, culpables.

Queriendo civilizar a la masa de perdición, hemos socavado nuestros propios fundamentos, queriendo comunicar todo a todos, hemos convertido en problema un ciento de soluciones adquiridas para siempre, y es necesario preguntarse ¿cuál será nuestra recompensa? La partida está perdida, la masa de perdición devuelve a su nivel eso que la alzaría por encima de sí misma, gravita llevando los elementos que nuestras presunciones conceden a su indignidad, arrastrándonos a veces como a su cortejo. Se vuelve penoso mantener vestigios de nuestros privilegios y no osamos ya reconquistarlos, ahora, sobre una profundidad en la que buscamos sin razón la legitimidad futura. Puesto que ninguna legitimidad surge del abismo, la ilusión de los utopistas se ha vuelto la nuestra, pero la cloaca social no redimirá este universo y en cuanto a los santos, quienes piensan arrojarse ahí, permanecerán ahí sin esperanza de retorno. La salvación de la especie se hará contra la masa, la masa es el caos que ha tomado rostro humano y que nosotros ocultaremos en el abismo de sus obras futuras, ya no habrá más que hombres, las multitudes se habrán desvanecido llevándose el mal.

Pocos hombres sobrevivirán a la catástrofe final, en la que perecerá la masa de perdición, engendrada por el mal y afecta al mal, del cual es consustancial. La humanidad, mañana, será el resto precioso que se querrá siempre resto, mientras que la superstición del número se extinguirá hasta la consumación de los siglos y ésta será la lección de la Historia que se preferirá recordar: "No crezcan y no se multipliquen nunca, la fuente de la desdicha es la fecundidad, teman agotar los recursos de la Tierra y mancillar su vestido de inocencia, rechacen la suerte del insecto y recuerden a esos seres frustrados que el fuego consumió por miles de millones, que subsistían en medio de la basura y bebían sus deyecciones, de a cinco o seis en un cuarto, en una legión de ciudades monstruosas invadidas por el rumor y el hedor, donde ni un árbol crecía. Esos fueron sus padres, rememoren su abyección y no se inspiren en su ejemplo, desprecien su moral y rechacen su fe, igualmente inmundas, ellos fueron castigados por haber permanecido niños y por buscar un Padre en el Cielo. El Cielo está vacío y ustedes serán huérfanos para vivir y para morir como hombres libres".

Y ahora nosotros entramos en la Gran Noche, armas en mano, víctimas a la vez que victimarios, alienados y poseídos, los hijos del caos, los secuaces de la muerte. Pues vamos a morir primero por millones, por miles de millones enseguida y no pararemos de morir hasta que la masa de perdición se haya extinguido y el universo sane de esta lepra, la lepra de los humanos que lo devoran en demasía. No es más que a este precio que el universo será cambiado, no es más que a este precio que la Salvación, de la cual se nos habla desde hace dos mil años, dejará de ser una hipótesis, y no es más que sobre la tumba de las naciones, aniquiladas con sus monumentos, que nosotros podremos regenerar eso que merece sobrevivir: el resto de los humanos, desengañados de nuestras ideas oscuras y confusas. En verdad, nada se resolverá con menos, y de ahí en adelante nuestras tradiciones convergerán con nuestras obras, unas y otras respondiéndose siempre en el mismo precipicio, nuestras tradiciones legitimando el efecto de nuestras obras, nuestras obras confirmando la desmesura propia de nuestras tradiciones. Nos quejamos sin razón de carecer de síntesis y vamos a servir para demostrar su evidencia.

Estamos aquejados de locura y de estupidez en medio de nuestras obras, no tenemos todavía el espíritu de los medios que nosotros empleamos, vivimos sobre unos planes que concuerdan entre ellos y no somos siquiera contemporáneos los unos de los otros. La desmesura es nuestro común denominador y no salimos nunca de la incoherencia, evacuamos la objetividad bajo los pretextos más admirables y nos sustraemos a la verdad mediante el recurso de la dialéctica, poseemos el arte de multiplicar a placer los puntos de referencia y de cambiarlos según nuestras necesidades, terminamos por volver a un laberinto y legitimamos nuestro desconcierto declarando la síntesis imposible, en nombre del movimiento que nos lleva. Después de esto, todo está permitido y nadie es responsable, somos ahora los autómatas libremente cómplices de la fatalidad que nosotros divinizamos, para que ella nos evite sentirnos hombres, gozamos del abandono y descansamos cómodamente sobre nuestra decadencia, marchamos al encuentro de nuestra ruina negando romper con eso que nos arrastra, estamos fascinados, somos consintientes...

Así como el abismo llamará al abismo, y nosotros llevamos en nosotros la voluntad de muerte, de la cual no somos amos, nos imaginamos que el furor de vivir nos anima, pero este furor se convierte en su contrario y este desenfreno nos consagra al precipicio. El orden está más loco de lo que cree, es más tonto de lo que se figura y nosotros, quienes lo apoyamos, probamos que se nos asemeja, el orden no se concibe más de lo que nosotros nos concebimos a nosotros mismos, es el ciego llevando a los ciegos que somos. Nada es más espantoso que este cuadro, pero sólo el futuro lo contemplará, nosotros no tendremos nunca la inteligencia para ello, cumplimos nuestro deber y lo disfrutamos, militamos y dormimos, nuestros anarquistas son los únicos a los que este acuerdo sorprende y rehúsan aprobar el arreglo, al cual entregaremos, sin murmurar, las manos, los anarquistas tienen razón contra los hombres de orden. Los hombres de orden, sin embargo, no pueden cambiar de sistema y el sistema los llevará al caos, ellos prefieren perecer víctimas que confesar su error. ¿De qué les serviría, por lo demás, la confesión, no teniendo sus adversarios nada que proponer?

A la hora en que cada uno tiene razón, todo está perdido, todo se vuelve permitido y posible, es la hora trágica por excelencia y es la nuestra. Estamos en medio de personas de buena fe, que morirán por su causa aceptando inmolarse, sabemos que su causa es un malentendido en la mayoría de los casos, pero no sirve de nada informárselos, se rehusarán a creernos y especialmente teniendo en cuenta que en ello se contienen sus razones. El ideal es casi siempre un pañuelo de equívocos y si sustraemos el contrasentido, consagramos a la mayoría de los hombres al absurdo, no estando nunca la verdad a su medida. Ahora bien, nuestros medios, a cada vuelta de rueda, vuelven la verdad más fuerte y nos sentimos cada vez más desorientados en el universo, este universo que humanizamos sin cesar: esta paradoja no es menos trágica que la precedente y no se le ve una solución. ¿Cuánto tiempo subsistiremos presas del desorden? Pues el desorden no sabría eternizarse, el espíritu humano no lo soporta sin estallar. Entonces la catástrofe parece preferible y el hombre vacila en precipitarse, con la esperanza de forzar la mano al futuro.

Yo soy uno de los profetas de este tiempo y el silencio me envuelve, se ha advertido que yo tenía algo que decir y que no se quería saber, se han protegido según los métodos de moda, se busca enterrarme vivo y no se conseguirá más que un día volver a mis partidarios más fanáticos. Persevero en la vía que me trazo y esta vía está abierta en adelante, no estaré en ella mucho tiempo caminando solitario, mis ideas faltaban a este mundo y aquellos que las adoptarán formarán en él un nuevo pueblo, entre los hombres de orden y los anarquistas. Yo no soy más un anarquista así como tampoco soy un hombre de orden, los dos me provocan igualmente horror y me sitúo por encima de sus querellas, rompo con la alternativa asignando un nuevo eje a la legalidad, quiero que el principio femenino presida al establecimiento de la Ciudad futura y cambio todos los signos, eso que fue negativo no debe serlo más y eso que no lo es todavía lo será sin falta, he aquí toda mi revolución, ella se inicia ante nuestros ojos y mis ideas la reflejan. No es la utopía lo que profeso, es una verdad que vislumbro.

Se me dirá que no soy constructivo, se me reprochará edificar sobre la catástrofe y considerarla condición previa al reordenamiento del universo; se me dirá que no soy social, se me reprochará prever la inmolación de los locos y considerarla necesaria para que la restauración del hombre finalmente tenga lugar; se me dirá que soy inhumano, puesto que la vida de varios miles de millones de insectos no me importa y porque predico el despoblamiento de la ecúmene; se me dirá que soy inmoral, puesto que sacudo el eje de los valores e invierto los signos. Reconozco mis errores, quiero declararme culpable y estoy conforme con perseverar en mis gestiones: es que yo creo en el orden de nuestros días siguientes, este orden del cual yo soy uno de los profetas y en el que nuestros descendientes reencontrarán eso que habían profesado los hombres arcaicos. Soy uno de los restauradores de eso que existió en los comienzos del mundo, el orden según las mujeres es más antiguo que este que nosotros observamos y yo reanudo con aquél, derribo nuestros fundamentos con el solo fin de poner al día eso que los sostiene e incluso edifico ahí encima una Ciudad mañana intemporal.

La Historia es la aventura a superar, la Historia ha iniciado hace cincuenta siglos y nosotros no queremos morir con ella. El orden por venir será la tumba de la Historia y no es más que a este precio que nuestra especie sobrevivirá, debemos salir de la Historia y no saldremos de ella más que por las mujeres, la dominación de las mujeres nos liberará de su tutela y levantará su hipoteca. Entonces y solamente entonces el tiempo no será más —como antes de que el tiempo fuera—, lo intemporal se convertirá en el elemento cotidiano, entonces y solamente entonces la Tierra desposará al Cielo y la Hierogamia reemplazará al Sacrificio, entonces y solamente entonces el fin del mundo, que nosotros habitamos, tendrá su razón de ser y no habremos de temerla más. No podemos sustraernos a la catástrofe, pero podemos sembrar la semilla que la ruina de este universo no impedirá germinar, podemos confiar nuestra esperanza al abandono de todo plan, formado como todo proyecto aparentemente razonable, pues sabemos que nada prevalecerá sobre la lógica de una situación que precedió a los elementos de su génesis y que el tiempo de nuestra muerte no conseguirá resolver.

¿Por qué lo peor es la única certeza que nos queda? Lo es por dos razones, la primera consiste en que es imposible detener el movimiento que nos lleva, y la segunda reside en la naturaleza misma de este movimiento. Pues, en verdad, el movimiento que nos lleva nos rebasa y no somos más que objetos reducidos a la impotencia por él, este movimiento es un abismo y ahí nos perdemos, no haciendo más que medirlo, y cada vez más él es su propia razón de ser, no obedece a designio ninguno que el hombre sea capaz de comprender y —según toda probabilidad— este movimiento es en adelante absurdo. Así la absurdidad se vuelve fatal y la fatalidad lógica, es un encadenamiento donde todo conspira para desmembrarnos y en el cual nos sentimos irresponsables. Lo peor es seguro y de ello somos cómplices, es una voluptuosidad de muerte que se vuelve una razón de vivir. Así, vamos a precipitarnos al encuentro de lo inevitable, igual que esos animales vueltos demasiado numerosos que no sueñan más que con destruirse en masa, y no por un exceso de espíritu de sacrificio o de espiritualidad, como no dejará de insinuársenos mañana.

La masa de perdición no tiene conciencia y no la tendrá jamás, lo propio de la conciencia es aislar a los seres y es para huir de su conciencia que los humanos se juntan, la masa de perdición es su camino de huida, es la encrucijada de las soledades frustradas, es siempre culpable y su condenación eterna estará siempre en el orden, ella envuelve en su pérdida al montón de engendros que la componen. El número es el instrumento del mal, el mal quiere que los hombres se multipliquen, pues mientras más superabundan los hombres, menos vale el hombre, para ser humano el hombre no será nunca lo suficientemente escaso. En verdad, moriremos por las masas, las masas nos arrastrarán a los abismos de la desmesura y de la incoherencia, la salvación y las masas se sitúan en las antípodas, no podemos ser salvados, pase lo que pase, somos legión y aquellos de entre nosotros que se aíslan, no cambiarán ya el destino del universo, verán solamente hacia dónde caminan los otros, estarán más desesperados que los ciegos y los sordos, contemplarán cara a cara una espiral sin rostro y hacia la cual el océano de sonámbulos avanza en un movimiento inalterablemente igual.

Porque el universo es un mecanismo en el que el deseo reúne y la muerte separa, la masa de perdición refleja el estado de este universo en lo que tiene de más horrible, ella es la encarnación y por ello no podemos ni amarla ni llorar por ella, obedece a las mismas leyes que los enjambres de langostas y que los ejércitos de roedores, es un monstruo con varios millones de cabezas. Es suficiente que la masa de perdición quiera adorar un dios para que este dios adquiera su semejanza y devenga, por su mediación, el reflejo de este universo, la masa ahuyenta al espíritu dondequiera que este espíritu se manifieste. En verdad, el espíritu nunca impulsa a la masa y las ideas nunca tendrán consistencia en ella, la masa no puede acoger al espíritu ni soportar que las ideas la inquieten, sus profundidades están muertas y heladas, su noche prevalece sobre la luz, la Historia resbalará a lo largo de la extensión de esta mar intemporal donde el hombre es una vana palabra. ¿Quién habla de salvación entre las sombras sin rostro? ¿Quién habla de progreso? ¿Quién de superación? Pues la redención no tiene ya sentido y el progreso no encuentra más qué morder y la superación expirará en su preludio.

Podemos salvar a unos cuantos, pero no salvaremos jamás a la masa en tanto masa, podemos razonar y volver conciente a un pequeño número de hombres que debemos aislar previamente, pero el uso mismo de los medios, que nuestra ciencia habrá multiplicado inútilmente, no cambia-

rá el destino de las multitudes, la multitudes aprenderán a mentirnos creyéndose de buena fe, la confusión no será más que mortal y nos desengañaremos demasiado tarde para remediarla. Aprenderemos a costa nuestra que la salvación, el progreso y la superación son ideas inadmisibles en el instante en el que la mesura no es observada, y ¿cómo se puede hablar de mesura en el universo que varios miles de millones corroen y manchan? El mundo perecerá para que los hombres en demasía mueran, sabemos de ahora en adelante que los niños pequeños, que nacen, son culpables, son culpables de estar aquí, el crimen no es más consagrarlos a la nada, el crimen fue darlos a luz. La vida no es sagrada a partir del momento en el que los vivos pululan, la de los hombres en demasía no tiene más valor que la de los insectos, y los soldados muertos en la guerra no son más ante los ojos de aquellos que los llevan a ella.

Si los hombres no esperaran nada, su suerte no sería ya la misma, si los hombres no creyeran en nada, su condición quizá cambiaría: así la esperanza y la fe no añaden más que a sus males, pero hacen felices a sus amos, y los religiosos, a pesar de su santidad, sólo pueden ser los perros guardianes. El Día del Juicio, ni la esperanza ni la fe serán perdonadas, ante la vista de los muertos que ellas hicieron nacer y de los agonizantes a los que inducen a multiplicar su semilla hasta el último respiro. Que si los hombres no esperarán nada, las mujeres envejecerían estériles, que si los hombres no creyeran en nada, preferirían los vicios a la fecundación, los vicios los volverían menos desdichados que el deber, el deber es mucho peor que los vicios, el deber es un establecerse en la calamidad. La verdad es puesta aquí al desnudo, ponerla al desnudo siempre fue castigable y se entiende por qué, ya que el orden necesita de la esperanza y es por el orden que ésta es consumida, el orden necesita aún más de la fe, y es tan sólo por él que la fe vive y que los hombres viven multiplicando la vida...

Así la esperanza y la fe engañan a las generaciones que pasan, y engañarán a las generaciones que vienen, y la miseria se transmite con el peso de las ideas falsas, el orden que vela por el depósito de los tiempos y que vive de la muerte de los hombres, a los que se engaña. De vez en cuando, aparece en el mundo un redentor, pero el mensaje de este redentor es siempre incomprendido y el orden no vacila en acomodarlo a su modo. Los pocos que comprenden lo que leen, reencuentran el orden en medio de palabras inefables, pues el orden deja hablar a los profetas y cuando han terminado, es él quien pronuncia la última palabra, dejará su marca tanto sobre la esperanza como sobre la fe: es bajo estas condiciones que los textos son aprobados y que su inspiración es juzgada infalible, el procedimiento se remonta a varios milenios y nunca variará hasta la consumación de las edades. Los salvadores pasan al igual que las generaciones y el orden permanece, aparenta ceder ante ellos y es con el fin de armarse con sus obras, la Historia nos enseña que después de cada salvador el orden es más fuerte, más fuerte de esperanza y de fe, mismas que todos los salvadores sirven para acreditar.

Moriremos de esperar y moriremos de creer, tal es el destino de los hombres a los que se engaña y que se engañan, este destino no cambiará, sólo la catástrofe tiene posibilidad de liberarnos y sabemos que ya no la evitaremos. Vamos hacia la muerte, y la esperanza y la fe nos seducen, vamos hacia la muerte de la esperanza y de la fe, moriremos con ellas y por ellas, el resto de los humanos las sobrevivirá, el resto de los humanos vivirá, pero del espíritu, el espíritu que se opone a la fe, el espíritu que no tiene necesidad de la esperanza. En verdad, mientras la masa de perdición haga tambalear los aplomos de este mundo, el espíritu no tendrá dominio y no accederemos al reino del espíritu más que sobre la anulación de la masa. El remedio es cruel, la enfermedad lo es más y no podemos sustraernos a la elección de sanar o de desaparecer, sanaremos al precio de la más asombrosa catástrofe de la que la Historia tenga memoria, la sombra del futuro estando ya sobre nosotros. Pues caminamos bajo la sombra de la muerte futura, la muerte es la dimensión supernumeraria de nuestra existencia, el precipicio cuelga sobre nosotros y es hacia el precipicio que nos dirigimos en fila.

No podemos sobrevivir al estado presente de este mundo, pues el estado presente de este mundo no tiene porvenir, vamos a morir del presente y los que sobrevivirán —¡oh, cuán raros!— se encontrarán en otro mundo, del cual este que habitamos no puede ser la promesa. El futuro romperá con la realidad sufrida, no sería futuro si la continuara, entre nosotros mismos y nuestros mañanas se extiende el precipicio en el que debemos caer. Así entraremos en el caos y en la segunda muerte, cargados con nuestras obras consustanciales a la noche, para enterrarnos mejor bajo ellas, así el pasado nos seguirá en las tinieblas, que haremos más profundas, para que no regrese. Estamos predestinados a cerrar la Historia, la Historia deberá morir con nosotros, hemos llegado al final del paréntesis, consentimos, y plenamente, a lo que no eludiremos, y ya nada nos asusta, esperamos lo peor, no esperamos más que lo peor, sacrificamos la esperanza, abdicamos la fe, somos libres, más libres que nunca, presentes en nuestra muerte y sobreviviendo a estas razones de vivir que la muerte reemplaza en adelante para nosotros.

No detendremos ya la marcha al precipicio, el peso de los hombres en demasía no nos perdonará, los siglos apilados sobre nuestra cabeza nos forzarán a gravitar y el caos de las ideas falsas, que nosotros mantenemos para que nos arruinen, extraviará nuestra razón. Podemos todo, menos retroceder, no podemos siquiera languidecer en el camino, y sabemos eso que el camino nos prepara. Una después de la otra, las soluciones reculan conforme cortan nuestra retaguardia, a cada vuelta de rueda las paradojas se diversifican y los problemas se complican, la mayoría de entre nosotros renuncia a planteárselos, la mayoría de entre nosotros renuncian a concebirse ellos mismos y nuestros más excelentes espíritus profesarán la legitimidad de nuestra incoherencia, nuestros sabios de más renombre abdican las pretensiones a la síntesis, por fin la imagen de este mundo está en pedazos y nuestros pensadores afirman que subsistirá tal cual. ¿Cuánto tiempo? Pues ningún desorden sabría preservarse en su desorden sin desmembrarse cada vez más, es una ley del género que nuestros augures quieren olvidar y de la que nosotros probaremos tanto el alcance como la precisión.

Por un país que hace la Historia, hay más de veinte que la sufren y en estos veinte países, todo partido, cualquiera que sea, es el partido del Extranjero, aunque se proclame nacionalista. Las naciones, que no hacen más la Historia, no entienden lo que les ocurre, el caos es su destino, sus glorias no las preservan y sus virtudes no las previenen más contra el hundimiento en el estupor que es su suerte. Las escasas naciones que permanecieron independientes asumen el futuro del mundo sobre sus hombros; ellas podían mucho hace poco, podrán cada vez menos. El papel de la fatalidad crece y el estupor es la sombra que la fatalidad proyecta: un día, su destino será el mismo que el de la mayoría de los pueblos, su fuerza no les servirá de nada, su privilegio no será más que imaginario, por fin la Historia se volverá la pasión de todos. ¿Cuántos años nos separan y en cuánto tiempo seremos reducidos inevitablemente a la impotencia, los primeros delante? Entonces lo peor será seguro y por más que guardemos las apariencias del orden, iremos al caos, cegados por la buena fe, cada vez más despótica, y respaldados por una tradición cada vez más absurda.

El Nacionalismo es una enfermedad universal cuya curación será la muerte de los frenéticos, no podemos subsistir en un mundo cada vez más estrecho con ideas tan perjudiciales, y en consecuencia pereceremos. El historiador del futuro dirá que la naturaleza se ha vengado de los pueblos comunicándoles un espíritu de vértigo, y que el Nacionalismo es un frenesí igual al que se apodera de las sociedades animales, vueltas demasiado numerosas. Nosotros somos demasiado numerosos y queremos morir, nos es necesario un pretexto noble y helo aquí encontrado, es el carácter, el más perfecto que existe, de la posesión y de la alienación que nos permite entregarnos crecientemente, según las necesidades, a los actos más despreciables, nos embriaga de nosotros mismos consagrándonos al sacrificio, nos vuelve monstruosos cándidamente, autoriza a nuestras virtudes a prevenirse del atributo de todos los vicios y —lo que es mejor— escogerá para nosotros eso que deseamos y no osamos elegir. Estamos completamente perdidos, la enfermedad no perdona ya a ninguna nación y todos los países se parecen hasta en el tipo de furor que los opone y los anima a degollarse unos a otros.

Ninguna nación quiere olvidar eso que llama su historia y que la mayoría de las veces nada tiene que ver con la Historia, será necesario que un día todas renuncien a ello. El último vencedor desarmará el espacio y el tiempo, confiscará los medios y las ideas, las pretensiones y los recuerdos, las formas y los contenidos, se declarará único legatario de cincuenta siglos, demostrará que él es la razón de ser de la especie humana y que el deber de cien pueblos es el de resignarse, exterminará a unos, deportará a la mayor parte de los otros y se verá por todas partes un polvo de hombres, del cual él será el único amo. Pues la simplicidad no es concebible por menos y a pesar de la abundancia de las diferencias que se desencadenan ante nuestros ojos, el futuro es de la simplicidad, vamos de desórdenes en desórdenes hacia el orden terminal y de carnicería en carnicería hacia el desarme moral, pocos se salvarán y pocos serán salvados, la masa de perdición se eclipsará en el intervalo, llevando al abismo a los problemas insolubles. El nacionalismo es el arte de consolar a la masa de no ser más que una masa y de presentarle el espejo de Narciso: nuestro futuro romperá ese espejo.

La complacencia tiene necesidad de extensión y la extensión es lo que más faltará al mundo, entramos en un mundo estrecho, no lo hemos comprendido todavía, debemos renunciar a nuestros recuerdos en el momento en el que nos enorgullecen, y a nuestras ilusiones cuando toman demasiado lugar. Es de suponer que las naciones no lo harán por voluntad propia, esta negativa presagia innumerables horrores, el último vencedor no tendrá ya jueces sobre su cabeza y si exterminara en un solo día a miles de millones de humanos, nadie se lo reprocharía. Ponerse de acuerdo sobre las decisiones a tomar no servirá en el futuro, el futuro decidirá y sus atributos serán la violencia y la simplicidad, aparentamos adiestrarnos en ellas, nuestros filósofos suputan milagros a porfía y nunca han reculado tanto delante del encadenamiento más lógico y frente a los corolarios más rigurosos. El miedo a las palabras crece y esto prueba que les atribuimos una fuerza que desmentimos día a día en la conducción de los asuntos, nos reímos de su acepción y torcemos su sentido, excepto para ponernos a temblar frente a las razones claras y precisas.

Nos hemos vuelto frívolos y la frivolidad no es un buen augurio, nuestros juicios sienten los efectos del horror que nos devora y que nosotros desmentimos quizá como último recurso. Nuestros padres osaban a veces mostrarse trágicos, y es que ellos no vivían como nosotros a la sombra de la muerte, hablaban del fin del mundo comprobando que varias generaciones los separaban del asunto, que nosotros tenemos próximo. Nuestros padres imaginaban a lo que nosotros hemos llegado, nosotros, es digno de verse, su hipótesis es en adelante nuestra tesis, ellos tenían la elección de morir o vivir, mientras que nosotros sobrevivimos ya. De un momento a otro este evento, al que la Historia se encamina desde hace más de cinco mil años, de un momento a otro podría empezar a darse eliminándonos de toda evidencia, de un momento a otro se daría el fin de nuestra identidad, el crepúsculo en pleno mediodía, el cierre del paréntesis y la confusión de los tiempos que apuntan a lo intemporal y que, de súbito, se quiebran. Es debido a que la muerte está ahí que nos apresuramos a exorcizar nuestra evidencia, en la que nuestros padres no buscaban más que la promesa y no encontraban más que los presagios.

La voz profunda, que perciben todos aquellos que no son sordos, nos advierte eso que nos espera, sabemos que el mal no tiene remedio y que la creencia en el milagro es una impiedad, sabemos que no subiremos de nuevo la pendiente y que aceptaremos descenderla por razones en apariencia válidas, sabemos que vamos a estallar de polo a polo y a perecer en el abrasamiento que nuestras ideas preparan a la par de nuestros medios. Pronto el caos será nuestro común denominador, lo llevamos en nosotros y lo encontraremos en mil lugares al mismo tiempo, en todas partes el futuro del orden será el caos, el orden ya no tiene sentido, no es más que una mecánica vacía y nos consumimos en perpetuarla, con el fin de que ella nos consagre a lo irreparable. Elevamos un templo a la Fatalidad, lo honramos con sacrificios y la hora en la que nos ofreceremos nosotros mismos no está lejos, el mundo está lleno de gente que sueña con morir, arrastrando a los otros a la muerte. Se diría que los hombres en demasía destilan un veneno que se extiende sobre el universo y que vuelve la ecúmene inhabitable. Así el Infierno, lejos de ser la nada, es la presencia.

El precio de la moral y de la fe es la presencia humana multiplicada por legión y convertida en el Infierno del hombre. Esto nos muestra también que la moral no vale nada y que la fe no es divina, las dos están al servicio de nuestros amos y no tenemos peores enemigos que aquellos que nos dirigen. A los amos les son necesarios los esclavos, mientras más numerosos son los esclavos, más se enriquecen los maestros, todo medio para que las mujeres se embaracen y los niños nazcan les va bien, el despoblamiento sería su ruina, prefieren que el universo estalle, el paro del movimiento —que salvaría al mundo— sería en perjuicio suyo. Somos en el mundo las víctimas de nuestros desholladores y cuando creemos obedecer a Dios, obedecemos hombres, hombres que nos conducen al caos y que no nos preservan de la muerte, hombres ignorantes, hombres impotentes, pero que se nos imponen, en nombre de esas tradiciones que ellos mismos nos imponen. Pues nuestras autoridades no saben nada, no pueden nada, no valen nada, no nos evitan nada y no se ponen de acuerdo más que para arrullarnos con embustes, con el solo fin de mantener los privilegios adquiridos y perpetuar su establecimiento.

Nuestras supuestas autoridades religiosas y morales no sirven más que para desarmarnos frente a nuestra evidencia, se oponen al espíritu de nuestros medios porque este espíritu las haría caducas, ellas no quieren que nosotros seamos mayores, no sueñan más que con perpetuar los errores que las acreditan, nos predican la sumisión y la confusión, desde ahora su obra no añade más que a las desdichas del mundo. Si vamos a morir vergonzosamente, es por culpa suya, pues ellas traicionan como respiran, son pesos amarrados a nuestros pies que tomamos por fundamentos, que nos sostienen, su inmolación nos habría vuelto libres y no osamos romper con ellas en el momento propicio. Así nuestra fidelidad nos condena y nuestra obediencia nos sentencia, es demasiado tarde y nada repararemos, no eludiremos más la catástrofe y nuestra consolación suprema, a la hora de perecer, será la de ver perecer, bajo nuestros pies, a aquellos que nos arrastran al precipicio y a quienes pisaremos al sucumbir, para extinguir a la vez su recuerdo y su semilla. No habrá, mañana, más que víctimas, y tal es la justicia de la Historia.

Nuestras religiones son los cánceres de la especie y no nos curaremos más que muertos, moriremos para que nuestras religiones desaparezcan, la catástrofe devorará a los sacerdotes con sus fieles, los restos de la humanidad que sobrevivirán en medio de las ruinas se encarnizarán sobre las piedras subsistentes. Río de ver a las naciones mantener y restaurar los edificios, en donde se engendra su muerte espiritual, en un momento en el que sería necesario repensar el universo; río de ver a cien pueblos volverse conservadores de sus antigüedades imaginarias o reales, a la merced de la próxima catástrofe; río de ver disputando con la nada a los templos en donde reside la supervivencia de la nada y profeso que todo va a morir, los hombres al igual que las piedras, las piedras al igual que los hombres. Mañana la muerte celebrará sus nupcias con el caos y nosotros adornamos ya sus mesas, es para su fiesta que nos afanamos, nuestros edificios son las piezas que figurarán en medio de la carne de los pueblos inmolados, cortados en lonchas, hervidos y asados, cuyas entrañas palpitarán de amor frente a las bondades de la Providencia y que contemplarán, en el momento de su agonía, el vacío que ellos imaginaban divino.

Hasta ese día, el vacío habitualmente se metamorfoseó, los dioses ocupando su lugar. Por primera vez, lo dioses no nacen más del vacío, el vacío permanece tal como es, los hombres lo contemplarán en su integridad, el mundo entero se le asemejará y lo que se distinga de él irá a desvanecerse para que el vacío subsista solo. Es la hora de la pureza, debemos regocijarnos, no perderemos más que nuestra Historia y lo que a ésta se le reclama, nuestras religiones inspiradas y nuestros imperativos pretendidos eternos, que no han sido nunca más que históricos. Sólo tenemos la Historia que perder y todo lo que cuelga de la historia, preferimos el vacío y aplaudimos su llegada, él es la alegría que nos ilumina a la hora en la que debemos morir. Así aprobamos lo irreparable, nuestro vengador supremo, el clamor de agonía de las naciones es la música de nuestros funerales, el orden y sus defensores se desmiembran bajo nuestros ojos y los cerraremos cuando ellos sean cenizas, nosotros moriremos siendo los más consolados de entre los hombres, porque hemos sido los únicos en renunciar a las obras de la mentira, de la que los fieles se alimentan.

Somos castigados por no haber quemado lo que adoramos, pero nuestros descendientes, después de la catástrofe, adorarán todo lo que hayamos quemado. Pareceremos entonces locos malvados, nuestros dioses otros tantos monstruos, nuestros dogmas horrores y nuestros imperativos pesadillas, se preguntarán si no fuimos unos poseídos y tendrán razón, pues es necesario estar poseído para arrastrarse frente a eso que divinizamos. La enfermedad y la mentira informan nuestros misterios y el tejido de nuestras leyendas parece un delirio, pero no saldremos más que fulminados de esta porquería espiritual, hecha a la imagen de nuestros ríos contaminados, nos hemos vuelto impuros a fuerza de relinchar tras la pureza, reestablecimos el sacrificio humano y nuestro extravío es tal que no concebimos nuestros actos. ¿Qué nos puede ocurrir en adelante peor que subsistir tal como somos? ¿Está la nada misma aún a la medida de nuestros crímenes? ¿No merecemos esta muerte, que no basta para extinguirlos? El vacío es bueno, el vacío es santo y aquellos que quisieran que fuera consustancial al mal, desean perpetuar el mal y ser perpetuados por el mal sobre la Tierra.

Un mundo que aún fuera pagano no habría violentado la naturaleza, los Paganismos la consideraban divina, como regla general adoraban los árboles y los manantiales; en lugar del tiempo, que las religiones pretendidas reveladas ponen en el centro de sus dogmas, los Paganismos giraban sobre el espacio y, con algunas excepciones, preferían la mesura a la trascendencia y la armonía a cualquier cosa. Las religiones que se dicen reveladas han establecido sobre nosotros el fanatismo, y la cristiana, que lo ha llevado al extremo, ha divinizado la locura, glorificado la incoherencia y legitimado el desorden, en nombre de un bien mayor. Mientras estas tesis espantosas no dispusieron más que de medios sin alcance, los hombres se adaptaron a ello, pero desde que nuestras obras les responden, probamos la enormidad de nuestros imperativos y, más aún, su demencia. La idea de la encarnación es la más monstruosa y el futuro buscará en ella la causa eficiente de nuestras paradojas insolubles, uno de sus resultados es la violación de la naturaleza, para la cual la trascendencia nos prepara y que el odio de este mundo legitima: es necesario no olvidar nunca que a los ojos de los Cristianos, Mundo, Carne y Diablo forman una anti-Trinidad.

¡Qué importa si los Cristianos de moda se niegan a suscribir las tesis que yo enuncio, y que, con sus teólogos a la cabeza, pretendan sustraerse a sus consecuencias! No harán más que acrecentar el desorden, y sólo se extraviarán más en el laberinto de sus paradojas, queriendo reparar lo irreparable. Lo irreparable está hecho, el espíritu de desmesura, que fue el de la Iglesia, es ahora el del mundo, la verticalidad de los dogmas acaba de estallar en todos los sentidos, y comunicándose a la superficie altera sus dimensiones. Hace no mucho se encontraban pensadores que se regocijaron con este estremecimiento, se los encontraba entre la gente de Iglesia y glorificaron la violación de la ecúmene, con la esperanza de una nueva espiritualidad. Ahora bien, es a la animalidad que nos encaminamos y es con la inhumanidad con lo que nos topamos, a pesar de las homilías y a pesar de las profesiones de fe, nos tomamos erróneamente por pecadores y no somos más que autómatas espermáticos: el hombre no es y no ha sido nunca eso que la Iglesia nos enseña. Es necesario redefinir al hombre y repensar el mundo, pero ya es demasiado tarde, aunque fuera más que para soñar con ello.

Nuestros descendientes, después de la catástrofe, reducidos a alguna fracción ínfima de la actual humanidad, honrarán los manantiales y los árboles, casarán la Tierra con el Cielo, juzgarán abominable la idea de sacrificio y sacrílega la idea de la trascendencia, restaurarán todo eso que las religiones reveladas han abolido: la prostitución sagrada y la promiscuidad ritual, el culto a la generación y la adoración de sus símbolos, la hierogamia y los saturnales. Tomarán al hombre por eso que no ha cesado de ser y no por eso que debería ser, no irán a recaer en las ilusiones del profetismo, renunciarán a perfeccionar un autómata imperfectible, concebirán que la espiritualidad no es el destino de la mayoría y que el error es comunicar una misma enseñanza a todos, a la manera de las religiones pretendidas reveladas. Es mejor que la mayor parte permanezca idólatra y carnal, el mal preludia a partir del momento en el que los culpamos y los forzamos a mentirnos mintiéndose, es mejor que los simples asocien las divinidades al gozo que a la penitencia y que el orgasmo sea para ellos lo que es la transustanciación para los Cristianos.

Tenemos siglos y milenios errando el camino y ahora es necesario pagar, el desengaño no basta, y no estamos en posición de reencontrar el Paraíso que perdimos, antes que de agotar eso que el Infierno tiene de más caótico y de más tenebroso. Hemos permanecido aún ahora tan ciegos que gustamos de adorar a los que persisten en extraviarnos, los perdonaremos siempre a pesar de sus crímenes y de sus errores, nos adherimos siempre a su enseñanza absurda y vamos bajo su tutela como si fueran pastores y nosotros despreciables animales. Y sin embargo nos conducirán al precipicio, estos hombres infalibles y que nosotros reputamos divinos, tenemos generaciones confundidas y nos negamos a comprenderlo, les ofreceremos en sacrificio nuestros intereses y hasta nuestro honor, les inmolaremos pronto nuestro futuro, la Historia conoce pocas locuras tan pronunciadas. Los sobrevivientes de la última catástrofe meditarán sobre nuestra ceguera, ahí verán el anuncio del fin al que nosotros estamos destinados, ahí discernirán una lógica de la que no sospechamos lo que está en juego.

No salimos de la lógica, y en este universo, de aspecto cada vez más absurdo, no nos preguntamos ya si hemos merecido la suerte que no podemos eludir, son nuestras tradiciones las que nos preparan para ello, son nuestras ideas las que nos consagran a ello, es nuestra obediencia la que nos vuelve a remitir a ello, después de un conato de revuelta, son nuestros hábitos los que nos destinan a ello tras un extrañamiento sin mañana. Así, nosotros queremos lo que queremos, en la medida en la que nos concebimos a nosotros mismos, y queremos lo que nuestros amos quieren como si lo quisiéramos nosotros. No podemos improvisar, cuando el interés nos lo ordena, y nos arropamos, más resueltos, alrededor de eso que nos desmiembra, no osamos romper con eso que nos arrastra y nos imaginamos que el sacrificio hace milagros. ¿Iba yo a decir que nosotros nos sacrificamos? Las conveniencias eran infalibles y en tiempo y lugar no faltaremos a ello, nos inmolaremos por nuestros dioses muertos y nuestros ídolos carcomidos, este acto nos confiere importancia ante nuestros ojos y desde el instante en el que sangramos por una causa, le damos crédito sin mirar lo que ella encierra.

El ideal toma el lugar del instinto y la inclinación a morir innumerables, que se apodera de los peces y de los insectos, de los roedores y de los rumiantes, se apoderará de nosotros a través del ideal encargado de traernos el cambio. Es en el momento en el que nos sentimos más estimables y más desinteresados, es en el momento en el que ardemos por eso que nos arrastra y soñamos con la inmortalidad, cuando nos despojamos de eso que nos volvía humanos y descendemos la pendiente. Aquí está lo trágico del asunto y la abyección suprema, que nos espera de un día a otro, no escapamos a las leyes del género y estas leyes, a su vez, remiten a aquellas que rigen las sociedades animales, encontraremos la llave de nuestras conductas en los abismos bajo nuestros pies, nunca sobre nuestras cabezas. El ideal es el reflejo del instinto aun cuando parezca su antípoda, su fuerza está tanto en la ignominia de su génesis como en el placer que experimentamos al entregarnos a nuestras inclinaciones bajo un noble pretexto, pedimos al ideal colorear el orgasmo y cubrir la postración por la que el orgasmo es seguido. El hombre goza de todo e incluso de ofrecerse para ser consumido.

Estamos condenados, y aquellos de entre nosotros que lo saben ya no pueden hacerse escuchar, y aunque pudieran, preferirían guardar silencio. ¿Para qué predicar ahora a los sordos y desengañar a los ciegos? ¿Les impediremos perseverar en el movimiento que los lleva? Vamos derecho al futuro más horrible, este futuro preludiará de un día al siguiente, nos encontraremos sumidos ahí sin siquiera entender eso que nos ocurre, no nos quedará más que morir desesperados en el universo inhabitable. Los hombres se hacían la guerra por la posesión del suelo, mañana se matarán mutuamente por la posesión del agua, cuando el aire nos falte, nos degollaremos a fin de respirar en medio de las ruinas. Esperamos que la ciencia haga milagros y pronto le exigiremos lo imposible, pero ella está rebasada por nuestras necesidades y nunca más las satisfará, somos varios miles de millones de más pidiendo el Paraíso sobre la Tierra y es el Infierno el que volvemos inevitable, nuestra ciencia ayudando bajo el cayado de nuestros pastores imbéciles. Nuestro futuro dirá que los únicos clarividentes eran los Anarquistas y los Nihilistas.

Es en el momento en el que el hombre tocaba la felicidad y entreveía un futuro sin enfermedad y sin hambre, sin trabajo molesto ni terror, justo en los albores de este siglo, es en ese momento que se ha producido lo irreparable y que las fuerzas del pasado han vuelto, más triunfantes que nunca, transportadas por la flota de hombres en demasía. Bastaron dos generaciones para que la población del universo se duplicara, han bastado tres para que se triplique, se irá septuplicando durante la cuarta y nuestras autoridades religiosas y morales, cogidas desprevenidas, no han sabido más que divagar y buscar ganar tiempo, oscureciendo el enunciado de nuestros problemas: este crimen no les será perdonado jamás, pues ellas serán criminales ante el futuro, ellas han preferido su propio poder a la felicidad de la especie humana y cuando ellas podían desengañar a las naciones y comunicarles el espíritu de nuestros medios, no sirvieron más que para extraviarlas más y para desarmarlas tan lamentablemente que nada iguala en adelante nuestra impotencia. Por eso los Anarquistas y los Nihilistas tienen razón, tienen razón de vomitar el orden pretendido moral, el orden para el caos en nombre de la moral.

Nos es necesaria una nueva Revelación que proclame la caducidad de aquellas que observamos, pero esas que nosotros observamos están ahí, su mortal peso se alía a la Fatalidad, que nos aplasta, orden y caos forman un todo que no conseguimos romper. Los Anarquistas y los Nihilistas son los últimos hombres razonables y sensibles entre los sordos que marchan, y los ciegos que militan, pero en el siglo actual no basta con tener razón, ni con ser sensible para cambiar lo que pueda ser, es necesario sustituir al orden por un orden y no por un desorden, y la moral por una moral y no por la inmoralidad, así como la fe por una fe, no solamente por un vacío, y los dioses muertos por las divinidades que nacen. No tenemos necesidad de agitadores, tenemos necesidad de profetas, tenemos necesidad de genios religiosos a la altura de estos tiempos, a la altura de nuestras obras, pues todos aquellos cuyo recuerdo invocamos, sin excepción alguna, están desfasados, todos están desfasados y los que los invocan los traicionan. Ninguna tradición nos protege contra el futuro, pues el futuro no tiene precedente y el universo ya no tiene asilo.

Porque la mayor parte de los hombres no han salido de la infancia temprana, les es necesaria una Revelación para los menores actos de su vida, son los dioses quienes deben, en última instancia, exhortarlos a no ser fecundos, si la fecundidad amenaza la supervivencia de nuestra especie: ni los poderes civiles ni los académicos, plagados de sabios de renombre, tendrán nunca la autoridad que sólo los dioses reúnen sobre sus cabezas. Ahora bien, nuestros dioses predican o la continencia o la fecundidad, nosotros no queremos ni lo uno ni lo otro, deseamos que la carne tenga derecho al placer en tanto tal y que este placer se vuelva agradable a los dioses tanto como a los hombres, queremos que los dioses estén asociados al placer y que los hombres crean honrarlos cuando lo disfrutan. Nos es necesaria una nueva Revelación para un nuevo Paganismo, un nuevo Paganismo salvará al mundo, al que las religiones pretendidas reveladas pierden en el laberinto de sus paradojas, estas paradojas desde ahora insostenibles, estas paradojas desde ahora ilegítimas, estas paradojas desde ahora absurdas. Es la fecundidad, no la fornicación, la que destruye al universo, es el deber y no el placer.

En lugar de esperar a que los hombres sean mayores, y no sabemos si jamás se decidirán a serlo; en lugar de buscar iluminarlos sobre los problemas insolubles y sobre las paradojas indefinibles, que ni los sabios ni los razonadores resolverán ni definirán; en lugar de apelar a esta buena voluntad, que no es más que un fanatismo; en lugar de apelar a esta buena fe, que no es más que un fanatismo; que no es más que una alucinación admitida; en lugar de esperar el milagro que es en suma a lo que se reduce todo lo anterior, es necesario actuar como si todo debiera morir, es necesario prepararse para sobrevivir a la catástrofe, es necesario pensar en los restos que subsistirán en el universo inhabitable, es necesario considerar a la masa de perdición como irremediablemente perdida y ya no razonar tomando en cuenta su existencia provisoria. Esto que afirmo parece inhumano, pero inhumano será cada vez más el siglo, y los sermones no modificarán este carácter, los hombres se apretujarán en vano en los templos, los templos terminarán por aplastarse, sobre la cabeza de los fieles, en la sombra de la muerte común.

El siglo quisiera escogerlo todo y por eso no tenemos estilo, el siglo quisiera comprenderlo todo y ésa es la razón por la cual ya no saldrá del laberinto, el siglo quisiera incluso humanizar a la masa de perdición en tanto masa y por eso vamos hacia la carnicería planetaria. Queremos lo imposible y dentro de poco ya no tendremos la sombra de lo posible, desembarcaremos sobre la luna y beberemos nuestras heces aquí en el mundo, nuestros niños comerán mañana cosas reputadas inmundas, la vida que nos espera es tan absurda y tan horrible, que los mejores preferirán la muerte, la locura y el caos al orden, un orden para la muerte segunda, y la locura perpetua y el caos organizado. El orden por venir será por mucho el más inhumano que se haya visto jamás, el más hábil para mentirnos y el más infalible para engañarnos, un monstruo tibio y metódicamente informe, misterioso y plano, huidizo y despótico, y siempre devorando sin dejar de ser incomprensible. Lo peor es que después de habernos engañado, no nos impedirá estar hundidos, pues aunque pueda abusar de nosotros, él es aún la debilidad misma.

No evitaremos el abuso de este orden y el orden no nos evitará el caos ni la muerte, ésta es la lógica de la situación y demostramos que cincuenta siglos nos destinaban a ello. Los peores de entre los humanos serán desde ahora los más despreocupados, el estado de nuestros asuntos les permite burlarse tanto de los justos y de los santos, como de los sabios y de los filósofos, los peores de entre los humanos triunfan indiscutiblemente y, según la apariencia, no tienen siquiera culpa, pueden burlarse impunemente de las formas que se desmiembran y de los valores que se descomponen, en un desorden que invade ellos pueden apoyarse en el orden, pueden elevarse por encima de todo cuando todo amenaza con hundirse, pueden vanagloriarse de haber elegido la cara sombreada y de morir como los vencedores de la fiesta, habrán tenido su recompensa. No tenemos ya maneras de defendernos de ello, ellos siguen la corriente que lleva al precipicio, y nosotros, nosotros buscamos ir contracorriente, los únicos en remar contra el curso del agua, los únicos en oponernos al orden y los únicos en perseverar en el rechazo de ser, de ser en el mundo los instrumentos de la flexibilidad en medio de la masa, víctima de sus imposturas.

Nadie nos ha dicho la verdad, la verdad ya no tiene defensores sobre la Tierra, ella es demasiado difícil de concebir, y aquellos que la penetran serán cada vez menos numerosos. El siglo ha visto la muerte de las ideas claras y distintas, no nos entendemos en cuanto a nada, más que en cuanto a los sobreentendidos, las conveniencias y los intereses, en todo lo demás los equívocos tienen el campo libre. No nos entendemos en cuanto a nada e incluso no creemos ya en nada, para creer algo hoy en día es necesario ser un alucinado, todos nuestros más excelentes espíritus se han vuelto trágicos, eso demuestra que ellos ya no tienen fe. La religión no es más que un elemento del orden y, lo que es peor, de un orden para el caos y para la muerte, los que se esfuerzan en vivirla serán los herejes del mañana, y mañana la herejía atestiguará a la fe vuelta a ser sincera, vamos en cientos de lugares al estallido de los sistemas, luego al hormigueo de las sectas, pero no seremos salvados por el fervor de algunos ni por la espontaneidad de algunos otros. Ya es demasiado tarde, hemos entrado en el remolino, no escaparemos ya a esto que nos arrastra y nos sabemos condenados.

Cuando escucho a nuestros pretendidos religiosos asestarnos sus simplezas y cuando veo a una muchedumbre, menos hombres que rumiantes, prestar oído a estas tonterías, compruebo que nos volvemos estúpidos y que merecemos la suerte que nos está reservada. Yo sé que todos esos rumiantes cumplen su deber de bestias, que tiran del arado y que copulan, que mugen y que paren becerros, que ellos entregan al Estado su leche y algunas veces su carne, pero yo quisiera al fin que se les ocurriera humanizarse y preguntarse si eso que se les enseña o predica vale un comino. ¿Cómo es posible que ellos den crédito, si no fuera por costumbre, a este hato de fábulas que son para caerse de sueño? ¿No les da vergüenza estar ahí, no sienten en lo más mínimo que se deshonran y que la cortesía en estos asuntos no es más que una confesión de fracaso? El confort intelectual, que ellos buscan, es imposible de encontrar en adelante y ninguna tradición se los asegura, sólo la estupidez es capaz de proporcionárselos ¿Hemos caído tan bajo para que los Jefes de Estado, a falta de legitimidad, se mezclen con la manada, representando la comedia ante los rumiantes que llevan a pastar?

Si la gente no confiara ya en nada y no creyera en nada, se negaría inmediatamente a multiplicar su semilla y nuestros problemas serían resueltos en una o dos generaciones, mediante el despoblamiento universal. Esto que expongo aquí no soy el único en pretenderlo, pero si hay quienes piensan como yo, ¿cuántos osarían escribirlo, o mejor: profesarlo desde lo más alto de un púlpito, llegando hasta proclamarlo a los cuatro vientos? ¿Y qué gobierno toleraría una enseñanza de esta especie? ¿Y qué religión semejantes homilías? Nos piden insistentemente confiar y creer, debemos confiar en lo que sea, para poder confiar en algo, debemos creer, incluso en eso que queremos, para poder creer en algo somos libres de elegir entre las tonterías de nuestra conveniencia, siempre que sean estúpidas. Ahora bien, todos los fines que se asigna la esperanza y todos los objetos que la fe se otorga tienen en común serlo, ser estúpidos ahora y para siempre, además, imperdonables, pues no podemos permanecer imbéciles una generación más entre medios que se han vuelto más libres que nosotros mismos.

Una vez que la gente sea persuadida de que sus hijos serán más infelices que quienes los engendraron, y sus nietos aún más infelices, una vez que sean persuadidos de que no hay más remedio en el universo, de que la ciencia no hará milagros y de que el Cielo está tan vacío como su bolsa, de que todos los religiosos son unos impostores y de que todos los gobernantes son estúpidos, de que todas las religiones están rebasadas y de que todas las políticas son impotentes, se abandonarán a la desesperanza y vegetarán en la incredulidad, pero morirán estériles. Ahora bien, la esterilización parece ser la forma que la salvación toma, y sin la desesperanza y sin la incredulidad los hombres no consentirán nunca en volverse estériles, las mujeres menos todavía, es el optimismo quien nos mata y el optimismo es el pecado por excelencia. La negativa a confiar y la negativa a creer acarrean indefectiblemente la negativa a engendrar, es un nexo que se niega e incluso aquellos que quisieran despoblar el mundo, antes que sea demasiado tarde, no osarán profesar esta relación de conveniencia. He aquí por qué nadie actúa sobre las causas ni deplora los efectos que éstas implican como inevitables consecuencias.

Los pueblos pobres no dejarán de ser pobres y todos los llamados a la caridad no remediarán ya su miseria, los pueblos infelices son abismos en los que las ayudas de los pueblos pudientes se evaporan, únicamente el despoblamiento —y eso sin importar los medios— los salvaría de la indigencia, pero su orgullo nacional es para ello un obstáculo, es necesario todavía cuidar a estos hombres de poco valor quienes, en su delirio, piensan que tienen derechos, a pesar de su impotencia. En verdad, aquellos que los animan a perseverar en esas ilusiones, en nombre de una espiritualidad falsa, contribuyen al desorden y les preparan el futuro más horrible, valdría más enseñarles desde ahora que aquellos que perecerán de hambre estarán anclados en la hambruna, y más pronto de lo que se piensa, la buena voluntad no suple la falta de excedentes, ni aun en los países que aún consideramos ricos, yo lo digo, además, porque su opulencia está a merced de una guerra. Después de la guerra estaremos todos arruinados, y no podemos evitar la guerra, porque el orden que mantenemos acabaría de disolverse en una paz mortal con sus imperativos como sus razones de ser.

Ninguna espiritualidad prevalecerá sobre la biología y sobre la ecología, todos los religiosos están rebasados, no hay ninguna diferencia entre los hechiceros y los sacerdotes, somos tan despreciables al ir a consultar a unos como de tener respeto por los otros. Las leyes de la naturaleza se burlan tanto de los exorcismos como de las oraciones y ahora que se aprende a conocerlas mejor, se vuelve criminal infringirlas y doblemente si es por amor a los segundos. La negativa de hacer sacrificios a los dioses y de honrar a sus sacerdotes, en verdad ya no hará morir a nadie, pero la ignorancia de la ecología y el desprecio de la biología preparan a la especie entera el futuro más trágico. Nuestras religiones son pestes y los poderes que los apoyan conspiraciones de envenenadores, nuestra espiritualidad no es más que una masturbación de las facultades mentales, en adelante necesitaremos de todos nuestros recursos si queremos reconsiderar el mundo, un mundo donde el hombre sea el único amo de la vida y de la muerte, el único, digo yo, que se me entienda bien, ya que la coartada metafísica acaba de expirar y no podemos ocultarnos tras nuestra impotencia.

¿Cuánto tiempo podremos equivocarnos todavía? Todos los plazos expiran, el número del humanos se infla como un mar al que las tormentas van a desencadenarse, el suelo agotado cansa nuestros esfuerzos, el agua faltará por todas partes y el aire ya se enrarece, los alimentos tienen cada vez menos consistencia y los residuos atestan la ecúmene, envenenándolo todo. ¿Será la hora de la verdad también la de nuestra agonía? ¿Qué vamos a oponer a nuestra muerte? ¿Las disposiciones de nuestros Jefes de Estado o las oraciones de nuestros religiosos? ¿De qué nos sirven estos parásitos y estos promotores del desorden? Los unos nos conducen a la disolución, los otros los bendicen exhortándonos y los exhortan bendiciéndonos, vamos al caos con paso igual, el corazón lleno de esperanza, soñando con el País de la Abundancia, cuya ciencia irá a gratificar a nuestros treinta mil millones de hijos y nietos, cuando las cien naciones no formarán más que un único pueblo y las tres razas no harán más que una. ¿Cuánto tiempo podremos equivocarnos todavía, esperando el advenimiento de lo imposible, a pesar de nuestra evidencia? Pues el hombre no será superado, pase lo que pase.

Somos ya demasiado numerosos y como los milagros no están en el orden de cosas, no se podrá nunca dar a los siete mil millones de hombres que seremos quizás en el año DOS MIL eso que aseguramos en el presente a la mitad: la idea parece clara y distinta, pero en nuestros días las ideas claras y distintas no están ya de moda, el espíritu europeo ha perdido su carácter incisivo junto con su coherencia, ha probado que no estaba a la medida de sus obras comunicándolas al resto de los humanos. Los Africanos y los Asiáticos no atribuyen el mismo sentido a las palabras que toman prestadas de nosotros, y su venganza es la de hacernos dudar de nosotros mismos, sirviéndose de nuestros vocabularios. Europa es rica y débil, la Historia nos enseña que el deber del rico es ser más fuerte que el pobre o esperarse lo peor. Nuestros religiosos y nuestros intelectuales padecen entretanto un sentimiento de culpabilidad tan pronunciado que perseveran en el error que los embriaga, porque éste es generoso ellos temen caer en el Racismo en caso de desengaño. Estoy convencido de que nos desengañaremos demasiado tarde y de que el Racismo tiene futuro.

No evitaremos ni el Hambre ni el Racismo, aquellos que pretenden lo contrario niegan la evidencia o buscan despistarnos. Yo no quiero al hombre común, cada vez más indiferente y que se estima satisfecho, la industrialización procurándole las apariencias de la felicidad, aunque sea de manera provisional. No quiero al hombre común, este infeliz por destino y que no se despertará más que a fuerza de pesadillas, mi libro no se dirige a él: yo hablo a los jóvenes, que en las universidades se sublevan contra la moral y el orden, estos jóvenes provocan miedo a demasiada gente, y sabemos que si la guerra estalla, serán los primeros en morir. Yo hablo a esas víctimas rituales que el orden para la muerte termina por inmolar, por inmolar en nombre de la moral, de una moral que el sacrificio informa y que la sangre fortalece, yo les aclaro sobre el porqué de su insurrección y la legitimo incluso, yo los apruebo entonces y, sin embargo, les aconsejo obedecer después de todo, pues no basta tener razón, razón por todos los tiempos, es todavía necesario sobrevivir al presente y durar hasta el momento en el que el futuro comience.

No es bueno tener razón demasiado pronto en el universo en el que no somos todavía contemporáneos los unos de los otros, no conviene tener razón demasiado pronto y por consecuencia morir vergonzosamente. Los Africanos y los Asiáticos descubrieron que el Nacionalismo y el Racismo no les es ajeno, estos hombres marchan sobre nuestras huellas y si esperamos que quieran desengañarse, nos volveremos sus siervos o sus víctimas, nuestras mujeres sus prostitutas y nuestros bienes su botín. Ellos no nos perdonarán haberlos humillado sin haberlos exterminado enseguida, no nos perdonarán forzarlos a renunciar a ellos mismos con la esperanza de vencernos, ellos nos vencerán si tenemos razón demasiado pronto, ellos se sirven tanto de nuestros religiosos, bajo la sombra del ecumenismo, como de nuestros intelectuales, bajo el manto de la objetividad: estamos perdidos si caemos en la trampa. Hablamos de fraternidad, olvidamos que aquellos de enfrente son mendigos y vengadores, feos, malsanos, viciosos, crueles y despóticos, más malévolos que los peores de entre nosotros y más mentirosos que nuestros sofistas más decididos.

Por ello al orden, que abominamos, y a la moral, que despreciamos, al orden caduco y a la moral inadmisible, que no hemos todavía sabido remplazar, ni el uno ni la otra, vamos a defenderlos, ¡ay!, armas en mano, pues aquellos de enfrente se preparan para atacarnos en nombre de la moral indefendible y bajo los estandartes del orden condenado. Yo les pregunto a todos: ¿qué vamos a oponer a estos Bárbaros? ¿La tolerancia y el laxismo? Nos aplastarían, riéndose de nosotros. Y si marchamos delante de sus ejércitos, adornados con flores y las manos desnudas, predicándoles la paz, harán como los Mongoles de la Edad Media, cuando treinta mil peregrinos budistas desarmados se ofrecieron ante sus golpes, con la esperanza de tocar su corazón: los exterminaron a todos, tras un momento de sorpresa. Y cuando se me diga que los Mongoles se convirtieron en budistas, respondería a eso que los peregrinos están muertos. Puesto que nos es necesario morir, no pongamos el cuello y no muramos engañados por nuestros sentimientos, probemos a nuestros contrarios que somos sus iguales en cuanto a valentía y tratémosles como ellos nos tratarían, como vencidos.

No nos entenderemos sobre nada, porque nos faltará de todo, no evitaremos ni el Hambre ni el Racismo y no podremos sustraernos a la primera más que abandonándonos al segundo, un día nos volveremos Racistas para comer, seremos hombres de necesidad en el peor sentido de la palabra, seremos Materialistas y Racistas, los dos principios van a unirse como se unen en nuestros días el Nacionalismo y el Socialismo. Pues las ideas juegan en el presente con los hombres, convertidos en estúpidos, los hombres creen elegir y eso que han elegido los había prevenido, los pueblos no son más que los juguetes de sus ideas y los objetos de sus medios, nunca parecieron más esclavos, nunca más poseídos ni más alienados, y los profundos cínicos que los guían no son menos estúpidos que sus rumiantes súbditos. Nadie ve claramente, porque ya no hay ideas claras y distintas, vamos a la catástrofe y todos los caminos nos llevan a ello, estamos en el presente todavía más excedidos de paradojas, buscamos la simplicidad, no la encontraremos más que en la muerte y por eso mañana la muerte no hará recular a nadie.

Nuestros maestros son unos bufones o unos sofistas, unos exorcistas o unos hipnotistas, buscan ganar tiempo sobre el caos y sobre la muerte, pero ya no evitarán lo irreparable y vamos derecho a la catástrofe. Las ideas más mortíferas nos esperan al paso y ya no tendremos la capacidad de eludirlas cuando las necesidades nos tomen por la garganta para metamorfosearnos en fieras, nos acercamos al borde fatal y en cuanto seamos confrontados con éste, abdicaremos todas nuestras ilusiones humanitarias y arrojaremos a nuestros adversarios al precipicio. La exterminación será el común denominador de las políticas por venir, y la naturaleza se sumará agregando sus furores a los nuestros. El fin del siglo verá el Triunfo de la muerte, el mundo abrumado de hombres se descargará del peso de los vivos en demasía, no subsistirá isla en la que los poderosos puedan ocultarse al infierno general que nos preparan, y el espectáculo de su agonía será la consolación de los pueblos que extraviaron. El orden futuro será el legatario universal de nuestros fracasos, y los profetas, en medio de nuestras ruinas, reunirán a los sobrevivientes.

Todo eso que nos pasa estaba previsto desde hace mucho, y esos a los que la Tradición no les es extraña sabían que este mundo estaba condenado, pero no encontraban oídos para hacerse escuchar. El corazón del hombre no ha variado, el corazón del hombre es igual al mar profundo y tenebroso, los cambios no tienen lugar más que en la superficie donde nuestra sensibilidad refleja la luz, pero cuando descendemos, encontramos eso que fue y será: la filosofía ahí casi no penetra y sólo la teología tiene las llaves del abismo. Nuestra teología fue la aberración por excelencia y nosotros expiamos sus crímenes y sus errores: ella vomitó sobre la naturaleza y la naturaleza se ha vengado, somos antifísicos y nuestras religiones pretendidas reveladas no supieron más que construir la tumba de la especie. La locura de la cruz es ahora la del hombre, la voluptuosidad del sacrificio es la última a la medida de nuestras obras, el gusto por la muerte será la consumación de nuestras ideas. En el caos, donde nos hundimos, hay más lógica que en el orden, el orden de muerte en el que permanecimos tantos siglos y que se desarma bajo nuestros pasos automáticos.

Entramos en la noche, donde todo se desarma, y ya no podemos ver más hacia atrás, donde las claridades acaban de extinguirse, estamos solos con nuestras ideas y nuestras obras, a merced de su común desmesura. Sin embargo es necesario marchar y no somos expertos en detenernos, hemos perdido el camino y cuando languidecemos, es el camino quien nos arrastra. En verdad, somos justamente castigados por no haber reconsiderado el mundo, el mundo se nos escapa a la hora en que lo humanizamos, se nos escapa porque no nos concebimos a nosotros mismos, y no nos concebimos por miedo a profanar eso que aún soñaremos. La profanación nos hubiera salvado, el valor intelectual hubiera puesto un alto a la fatalidad, convertida en nuestra quintaesencia: los Anarquistas y los Nihilistas querían hacer tabla rasa y el futuro les dará la razón, pero el orden los aplasta y los aplastará, mientras subsista el orden que nos protege y nos protegerá de la subversión, no del caos ni de la muerte, a los cuales nos ordena marchar cerrando filas, unos contra otros, a paso de carga y en la noche que vamos a ensangrentar pronto.

Los jóvenes no pueden ya salvar al mundo, el mundo no puede ya ser salvado, la idea de salvación no es más que una idea falsa, y debemos pagar nuestros innumerables errores, es demasiado tarde para reparar lo que sea, la hora de las reparaciones expira y aquélla de las reformas cesa. Los más felices morirán combatiendo y los más miserables amontonados al fondo de cuevas o acoplándose en hogueras, a fin de engañar a la agonía con el orgasmo ayudándolos. El mundo no será más que un alarido de dolor y de éxtasis, donde los más puros de entre los hombres no tendrán más que el recurso de matarse los unos a los otros para no despreciarse ellos mismos. La elección de la agonía será la última que nos quede y esto vendrá más pronto de lo que se piensa, de un día al otro seremos arrojados al precipicio, y ahí nosotros nos despertaremos, aunque no sea más que el tiempo para sentir que expiramos. Entonces repasaremos eso que los Conquistadores del Nuevo Mundo vieron, cuando tribus enteras se tiraban de lo alto de su montaña, a su llegada, con el solo fin de prevenir el horror inevitable, engañando a la muerte con ella misma...

¡Felices los muertos! ¡Y tres veces desdichados aquellos que, llenos de locura, engendran! ¡Felices los castos! ¡Felices los estériles! ¡Felices incluso aquellos que prefieren la lujuria a la fecundidad! Pues ahora los Onanistas y Sodomitas son menos culpables que los padres y las madres de familia, porque los primeros se destruirán a sí mismos y los segundos destruirán el mundo, a fuerza de multiplicar las bocas inútiles. ¡Vergüenza para los religiosos que nos obligan a reverenciarlos y nos enseñan a desvariar! Seríamos menos miserables y menos ridículos si ellos no existieran, estos predicadores de humo y estos consoladores de pacotilla no nos sirven ya de nada, después de no haber servido más que para engañarnos en cuanto a nosotros mismos, en cuanto a ellos y en cuanto a nuestra evidencia. ¿Se castiga a los falsificadores de dinero y se perdonaría a aquellos que no viven más que acreditando las ideas falsas? La tolerancia es un timo y el respeto no es más que un delirio, hemos pagado por entenderlo y seguiremos pagando antes de zozobrar en la hoguera, enviaremos a esos que nos llevan a la muerte a aplanarnos los caminos que ellos no nos evitan, después vendrá la disolución.

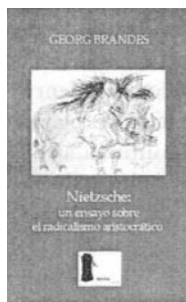
Esta página dejada en blanco al propósito.

Esta página dejada en blanco al propósito.



Aby Warburg, *El ritual de la serpiente*

El ritual de la serpiente es una forma de catarsis, una confesión y un testamento. La confesión de Aby Warburg, uno de los hombres que más ha influenciado nuestra visión sobre la historia del arte. Amigo de Edwin Panofsky y de Ernest Cassirer, es considerado uno de los pioneros en la investigación de la historia cultural mediante el análisis de las artes visuales y de la interpretación de los símbolos. En el año de 1923, al final de su residencia en la clínica de Kreuslingen, lugar al que ingresó a causa de que adolecía de recurrentes crisis nerviosas, decidió escribir un "discurso de despedida" dirigido a los propios internos y a los médicos de la clínica, con una nota que decía: "leído por primera vez delante de una *unprofessional audience*", con el simple propósito de mostrar que ya estaba curado. En pocas páginas relata su encuentro, en el año de 1895, con los indios Pueblo, resaltando así los orígenes del paganismo y de la magia. Pero sobre todo es una especie de palinodia sobre el poder de la imagen, la imagen que cura y que hiere, la imagen que continua rigiendo nuestros destinos. Sólo el poder metamórfico podía salvarlo. Él, que era un gran estudioso del arte, se rinde ante la fuerza que sólo la imagen puede expresar. Como bellamente escribió Roberto Calasso sobre este excepcional libro: "En la danza la serpiente es tratada, escribe Warburg, como "un novicio que se inicia en los misterios". Así, se convierte en un "mensajero" que debe alcanzar las almas de los muertos y ahí suscitar el relámpago. Así, la serpiente, la más inmediata imagen del mal, se convierte en la salvadora".



Georg Brandes, *Nietzsche: un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*

El *Nietzsche* de Georg Brandes es una joya preciosa. Para cualquiera que tenga algún tipo de interés en el pensamiento del artífice del *Zaratustra*, este libro es una referencia obligada. Brandes fue amigo de Nietzsche, y una de las maravillas de este ensayo es que fue escrito mientras éste aún vivía. Es una visión poderosa, empapada de una fuerza que sólo alguien que co-

noció de cerca a ese gran pensador podría haber plasmado. No es un estudio erudito como los cientos que más tarde comenzaron a aparecer y han seguido apareciendo hasta nuestros días. Más bien posee la cálida magia de los orígenes: pareciera que estuviésemos leyendo el relato de un gran mitólogo sobre algún dios escondido en el frío presente. Basta leer el subtítulo de este gran texto para percatarnos que Nietzsche tuvo, en vida, un intérprete a su altura: *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*. No hay mucho más que decir. Solamente que el ensayo viene acompañado de la correspondencia que entablaron Brandes y Nietzsche desde el 26 de noviembre de 1877 hasta el cuatro de enero de 1889, además de un artículo necrológico que Brandes escribió en 1900, año en que Nietzsche muere. En pocas palabras, tienen frente a ustedes un testimonio inigualable, una joya cuyo resplandor continúa iluminando los orígenes del mito Nietzsche.

NUEVA COLECCIÓN CLÁSICOS SEXTO PISO



Henry James, *La muerte del león*

La famosa dualidad, resuelta con toda claridad por Nietzsche, entre el hombre y el escritor, es el tema abordado por Henry James en esta novela corta, poco conocida en español. Neil Paraday es un escritor inglés de salud muy deteriorada, que ante un tardío estatuto de celebridad, es engullido por la aspiración y el deseo de la alta sociedad de codearse con una personalidad intelectual, convirtiéndolo en un objeto de culto y de estatus social, sin siquiera molestarse en conocer su obra. Como fiel aliado cuenta con un joven periodista, tan ávido de protegerlo como incapaz de oponerse al torrente que todo lo avasalla. Entre estas dos fuerzas se sitúa Paraday, el escritor-hombre quien experimenta el vacío y la ineluctabilidad del destino, y cuya conciencia de la fatalidad que le acaece no atenúa en lo más mínimo sus devastadores efectos.

La muerte del león es una muestra más de la magistral prosa de Henry James. Con su habitual oscuro estilo roza los fondos de un tema de vigencia universal, produciendo una obra indispensable que continúa arrojando luz sobre una de las contradicciones fundamentales de la escritura como oficio.



Príncipe de Ligne, *Extravíos o mis ideas al vuelo*

Si aún fuese costumbre dedicar sus obras a alguien, no sabría a quien dedicarle ésta. A nadie conviene: es demasiado insensata para los serios, demasiado seria para los insensatos; demasiado osada para la gente decente, resulta demasiado decente para quienes presumen de no ser melindrosos; demasiado atrevida para los santurrones, no es lo bastante para los incrédulos. Se opone demasiado a los prejuicios heredados para que agrade a los que son sus esclavos. Predica que a ninguno hay que contradecir, lo que contradice a quienes les gusta contradecir. Habla bien de las mujeres, aunque habla mal de ellas. Celebra el amor, aunque alaba la indiferencia; aplaude el cumplimiento de los deberes, aunque preconiza los encantos de una vida ociosa; incita a la gloria, pero asegura que pocos la alcanzan, o que pocos la disfrutan y que dura tan poco, que es casi una quimera; inventa proyectos, aunque sostiene que nada se gana con llevarlos a cabo. Es alegre, es sombría; es ligera, es agobiante; quizás más huera que profunda; novedosa y ordinaria; trivial y excelsa, luminosa y oscura, reconfortante y desoladora. Afirma, y duda un instante después. ¡Ah, pobre obra mía! ¡Ah, mis *Extravíos*, cómo os tratarán si algún día sois publicados!



Karl Marx, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*

Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro, la tesis que Karl Marx presentó en marzo de 1841 para obtener el título de Doctor en la Universidad de Jena en Bélgica, es un estudio comparativo que se sitúa en una distinción fundamental: el horizonte que ambos pensadores otorgan al carácter de la necesidad. Así, Demócrito limita su horizonte a la posibilidad real y a partir de allí deduce la necesidad. Es decir que el hombre asume la realidad contingente del mundo como necesaria y por ello le atribuye esencias. En contraposición Epicuro no considera la existencia relativa como existencia absoluta: "La realidad contingente solo tiene valor de posibilidad, y la posibilidad abstracta es precisamente el antípoda de la posibilidad real. La segunda se contiene dentro de los límites definidos como el entendimiento; la primera ilimitada como la fantasía"



Jules Barbey d'Aurevilly, *Las diabólicas*

Mujeres adúlteras, mujeres asesinas, duquesas convertidas en vengativas prostitutas e incluso mujeres tan perversas como para morir fulminadas en los brazos de su amante, son algunos de los personajes principales cuyas vidas amorosas narra el autor en estas seis historias heterogéneas que, en palabras de Jules Barbey d'Aurevilly, "...no son diabluras: son DIABÓLICAS, historias reales de este tiempo de progreso y civilización tan deliciosas, tan divinas, que, cuando uno se propone describirlas, parece siempre que el Diablo las ha dictado".

Con una escritura impresionante, apoyada en minuciosas descripciones y en la evocación de poderosas imágenes, el autor busca exorcizar al mundo de estos males mostrándolos en su más desnuda y profunda impiedad, puesto que "...en esto reside toda la moralidad de un libro..." Sin embargo, el libro de Barbey d'Aurevilly acaba poseyendo al lector, quien irremediablemente será una víctima más de estos "inocentes monstruos", esta vez no directamente sino a través de la inmortalización plasmada en estas envolventes historias que logran ir más allá de la temporalidad de su época.

Otras publicaciones de Editorial Sexto Piso

Luis Alberto Ayala Blanco, *El silencio de los dioses*

Alberto Savinio, *Aquiles enamorado*

Stig Dagerman, *Otoño alemán*

Milorad Pavić, *Siete pecados capitales*

Julián Meza, *Ángeles, demonios y otros bichos*

Roberto Calasso, *El loco impuro*

Daniel Paul Schreber, *Memorias de un enfermo de nervios.*
(Prólogo de Roberto Calasso)

Max Stirner, *El único y su propiedad.*
(Prólogo de Roberto Calasso)

George Orwell, *Ensayos escogidos*

Morris Berman, *El crepúsculo de la cultura americana*

Étienne de la Boétie y David Hume,
Discurso de la servidumbre voluntaria / Escritos políticos

Christopher Buckley, *Hombrecitos verdes*

Goran Petrović, *Atlas descrito por el cielo*

Luis Alberto Ayala Blanco y Citlali Marroquín,
El poder frente a sí mismo

Juan J. Orosa, *Los extraviados*

José López Latorre, *Silencios*

Lourdes Quintanilla Obregón, *Benjamin Constant: la fragilidad política*